

Las
9 VIDAS
de
ALFRED
MERCHEN

① EL TESORO FAMILIAR

Diego Pineda
Con Diana & Daniel Pineda



Rhema Books

Las 9 Vidas de Alfred Merchen: El Tesoro Familiar
Copyright © 2023 por Diego Pineda (con Diana
y Daniel Pineda). Todos los derechos reservados.

Rhema Books es una marca de Rhema E-School
Kelowna, BC, Canadá
<http://books.rhemaschool.com>

Diseño de portada: Stefanye Franco

Esta novela es una obra de ficción. Los personajes, la trama y los incidentes son producto de la imaginación de los autores. Los personajes son ficticios y cualquier similitud con personas vivas o muertas es pura coincidencia.

*Para los profes y estudiantes de
Rhema School.*



WASHINGTON, DC - 1945

EL HOMBRE MORDIÓ SU LABIO INFERIOR Y MOVIÓ rápidamente sus dedos sobre su rodilla mientras el auto dejaba atrás la Casa Blanca.

— ¿Cómo le fue en la reunión con el presidente, señor?—preguntó el conductor, mirando de reojo el espejo retrovisor.

El hombre gruñó y encogió los hombros.

— Ya veo—dijo el conductor y se concentró en la carretera.

El hombre se volteó para mirar por la ventana trasera. Un Cadillac negro los seguía a cierta distancia.

— ¿Puedes ir más rápido? Gira a la izquierda en la esquina, ¡ahora!

— Pero, señor, el semáforo está en rojo.

— ¡Hazlo, Charles!

Charles pisó el acelerador y giró bruscamente a la izquierda, casi chocando con un camión. Luego hizo un par de giros más al azar, pues conocía el procedimiento.

— Creo que los perdimos—dijo el hombre después de unas cuadas. Suspiró y apoyó la cabeza en el respaldo.



Las 9 VIDAS de

Sacó un reloj de bolsillo de su chaqueta y lo contempló durante mucho tiempo.

— ¿Charles?

— ¿Sí, señor?

— Encuentra un teléfono y llama a David.

Dile que nos encuentre en el aeropuerto.

Una hora y cuarenta y tres minutos más tarde, el auto se detuvo en el nuevo Aeropuerto Nacional de Washington.

El hombre salió del auto, se bajó el sombrero como si quisiera cubrir su rostro y se apresuró hacia la terminal. En el interior, vio a un tipo bajito y regordete con un abrigo largo. David.

No había nadie alrededor. El hombre sonrió, sus músculos se relajaron.

David lo vio y saludó con la mano. Le hizo señas para que lo siguiera.

Había un rincón semioscuro detrás de una columna, perfecto para hablar en privado. Se metieron en el espacio reducido.

— Shalom, Robert—dijo David—¿Qué está pasando?

— La reunión no estuvo nada bien, David. El presidente no cederá. El mundo está condenado.

— ¿Le hablaste sobre...?

— No, no puede saberlo. Nadie puede. Al menos por ahora.

David se quitó el sombrero y se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano.



— Entonces, ¿qué hacemos ahora?

Algo captó la atención de Robert. Dos hombres corpulentos habían entrado al aeropuerto. Su pulso se aceleró. Los había visto en la Casa Blanca. Servicio Secreto.

— No queda mucho tiempo—dijo Robert, buscando algo torpemente en su chaqueta—. Debes mantenerlo a salvo.

Robert le entregó su reloj de bolsillo a David.

— Sal del país hoy mismo si es posible—dijo Robert.— Regresa a Polonia. El reloj es tu responsabilidad ahora.

David asintió y miró el brillante reloj redondo en sus manos. Parecía resplandecer en la oscuridad y podía sentir la energía pura que contenía. Dudó, como si supiera que esta tarea era demasiado grande para él.

— Robert, yo...

Pero cuando levantó la vista, su mentor ya no estaba.



MEDELLÍN, COLOMBIA – 2019

SANTIAGO

EN UN GIRO LOCO DEL DESTINO, EL ABUELO vino a vivir con nosotros una noche de diciembre.

Aunque eso no lo sospechábamos aún, pues todo parecía indicar que sería una más de sus visitas fugaces de navidad.

— Gracias por iluminar la calle en mi honor — nos dijo con un guiño, cruzando el corredor hacia las escaleras.

Sofía me miró con cara de no entiendo y yo encogí mis hombros y le hice una mueca de que estaba en las mismas.

Fue una hora después que entendimos por qué el chiste. Era el día de las velitas y los vecinos habían encendido hileras de velas a lo largo de la acera al frente de nuestra casa.

— ¿No te parece que el abuelo es muy gracioso, Santi? —dijo mi hermana.

Yo lo pensé por un rato sin responder, embelesado por los pequeños halos de luz en la calle. Chistoso no, un tanto extraño, más bien.

El abuelo Alfredo era un misterio en todo el



sentido de la palabra. No usaba ropa de viejo, sino jeans y camiseta negra con cuello de tortuga, quizás imitando a Steve Jobs. Su cara parecía tallada en piedra, pues las arrugas de la frente jamás se movían. Además hablaba con un acento de ninguna parte.

Sofi y yo estábamos en el balcón que unía nuestros cuartos, como siempre, escapando de la casa en las vacaciones de fin de año. Extrañaba el colegio y mis amigos. Y sabía que Sofi también.

No veía la hora de volver a estudiar, de trabajar en proyectos de robótica y programación de software. Todo lo que tenía que ver con tecnología me fascinaba. Bueno, y con las películas de superhéroes.

A diferencia de Sofi, que era una artista empedernida (o una *art freak* como le decía la profe de inglés). Siempre tuvo más pinceles que muñecas, y las pocas que tuvo terminaban con las caras pintadas de arco iris.

Y toda esa pasión por el arte y la tecnología la desbordábamos en el colegio. Por eso las vacaciones eran un tortuoso pasar de los minutos: 89.280 minutos para ser exactos.

No nos imaginábamos en ese entonces que la llegada del abuelo iba a volver nuestras vacaciones patas arriba y marcar el resto de nuestras vidas como un meteorito estrellándose contra una ciudad.

**1**

SANTIAGO

SUPE QUE ALGO ANDABA MAL CUANDO ME ASOMÉ a la cocina y no había rastro del épico desayuno de los domingos.

El comedor estaba desierto. De humanos, claro, porque Chester, el gato de Sofi, me espiaba desde su cojín de realeza, quieto y atento como una gárgola de catedral europea.

Obvio Sofi no se levantaría hasta después de las 10, ¿pero mis papás? Lo normal es que estuvieran cocinando juntos en pijama, amontonado montañas de pancakes en la mesa con trozos de frutas y salsas hostigantes que me fascinaban. El dulce es el amor de mi vida.

Mi estómago rugió cuando vi la mesa vacía y sentí un escalofrío. Lo mío era la programación informática, no la culinaria.

Comencé a imaginarme lo que sería morir de hambre, los dolores de la desnutrición y...

Voces.

Me acerqué en puntas de pie a la puerta cerrada de la habitación de mis papás y aguanté la respiración para escuchar mejor.

— No, Yaz —dijo mi papi—, no me parece



justo que tu papá aparezca después de tantos años, sin avisar, y tú lo recibas así no más.

— ¿Y qué quieres? ¿Qué lo eche a la calle? ¿Que le diga que se vaya para un hotel? A duras penas lo veo y los niños ni lo recuerdan bien.

— Por eso mismo. No es un buen ejemplo para ellos. Así no debe ser un abuelo.

— Ah, claro. Ahora lo vas a comparar con tu familia.

— Pues sí, sabes que mi familia es muy unida, que nos vemos casi todas las semanas y que se preocupan por Santi y Sofía. Mi papá es muy buen abuelo y siempre fue un padre responsable... a diferencia del tuyo.

Sí era cierto que al abuelo Ricardo lo veíamos bastante, pero no era que me gustara mucho. Sobre todo después de lo que me hizo.

Hubo un silencio y me imaginé los ojos de fuego de mamá, como Cyclops el de los X-Men, penetrando furiosamente a mi papi.

— Es verdad, Yaz. ¿No te abandonó pues cuando eras niña? Y luego apareció y se volvió a ir y te dejó con el corazón roto. Y ya lo ha hecho otras veces, ¿no?, que aparece un día y después se pierde. Ni siquiera estuvo aquí cuando nacieron...

— ¿Por qué no le puedes dar una oportunidad?

— Porque no quiero que te haga daño, Yaz. No me gusta verte mal. Después se va y ... eso



Las 9 VIDAS de

es exactamente lo que no quiero para los niños, que se encariñen con él y luego lo vuelvan a ver quién sabe hasta cuando.

No dijeron nada más por un rato, pero se escuchaba como si mamá estuviera llorando. Sin hacer ruido, me tiré al piso para pistiar por debajo de la puerta y vi las chanclas café de mi papi al lado de los pies descalzos de mamá.

— ¿Qué haces?

La voz de mi hermana me hizo saltar el corazón y solté un grito infernal.

Tres punto cinco segundos después mi papi abrió la puerta de sopetón y yo me sentí como Tony Stark cuando su padre lo descubrió *in fraganti* en su laboratorio con una gema del infinito.

— ¡Santiago Andrés Cárdenas! ¿Qué está haciendo usted ahí?

— Bueno, eeh, este, estaba buscando una gema del infinito, perdón, digo, una moneda que...

No sabía qué decir del susto. Y soy malísimo para mentir.

Mi papi frunció el ceño. No parecía estar convencido.

— ¿Qué pasó con el desayuno? — dijo Sofi.
¡Bendita interrupción!

Me puse de pie tan rápido como Barry Allen y apoyé la idea de mi hermanita.

— Cierto, ¿qué pasó con los pancakes?



Mamá se coló entre mi papi y la puerta y en un segundo estaba en la cocina.

— Uy, se nos hizo tarde —dijo ella—. Ya lo voy a preparar.

— Mami, ¿por qué estás llorando? —dijo Sofi.

— Cosas de adultos, mi amor, pero no te preocupes, no es nada grave.

Sofi me miró como diciéndome si tú sabes algo más vale que me lo digas pronto y sin ocultarme nada o le cuento a mi papá lo que hiciste con su corbata favorita.

Yo sonreí y le hice señas de que encontraríamos un lugar seguro.

— ¿Para dónde van? —dijo mi papi cuando arrancamos hacia las escaleras.

— A buscar la moneda de Santi —mintió Sofi—. Creo que la vi en el balcón ayer.



2

SOFÍA

— ¿Y YA? NO ME PARECE TAN HORRIBLE — LE DIJE a mi hermano cuando terminó su historia.

— Yo creo que mi papi tiene razón. El abuelo no debió haber venido.

Ya habíamos espiado la casa y el abuelo no estaba, así que hablábamos con libertad.

— A mi me cae bien el abuelo — dije—. Es lindo.

— Pero no es buen ejem... ¡Ahí viene!

El abuelo apareció caminando rápido por la calle con algo en la mano.

— ¡Hola, abue! —le grité desde el balcón.

Él me encontró con sus ojos de una y me regaló una linda sonrisa y un saludito con su mano. Luego no lo vimos más cuando entró a la casa.

— ¿Y ahora qué hacemos? —dijo Santi en mi oído.

— ¡Vamos a desayunar!

Bajamos y nos sentamos con toda la familia a la mesa.

— Esta es mi comida favorita —dijo Santi.

— Todas las comidas son tus favoritas —dije y él asintió.



Ya después nos concentramos en comer.

Los pancakes estaban ricos, pero todos andaban muy callados, mirando sus platos. Excepto por el abuelo que leía el periódico como si nada. Él había terminado primero sus pancakes. Se los comió en un par de mordiscos y sin echarles nada.

Nunca había visto a nadie que comiera pancakes sin aderezos. Yo les pongo mucha fruta y sólo me como los que traen chips de chocolate. Santi es más bien exagerado con la miel y la mermelada. Sus pancakes parecen una pintura abstracta. Hasta me dieron una idea para un dibujo una vez.

— ¿Por qué tan callados? —dije.

Mami pareció despertarse de un sueño.

— ¿Y qué hacías esta mañana, papá? —dijo.

El abuelo salió de su lectura y la miró por encima de las gafas.

— Salí a caminar y a comprar el periódico. ¿Ustedes no compran el periódico?

— No hay necesidad —dijo papá—. Para eso existe Internet. ¿Sabes lo que es el internet?

— Sí —dijo el abuelo—. Pero lo prefiero en papel.

Luego se volteó hacia nosotros, quitándose las gafas. Santi no fue capaz de mirarlo. En cambio a mí me encantaban sus ojos color miel y el pelito blanco que le caía sobre la frente.



Las 9 VIDAS de

Cuando me miraba yo me sentía tranquila, con mucha paz.

Y creo que eso era lo que me atraía hacia el abuelo, que siempre andaba relajado, no como mis papás que se mantenían estresados.

— ¿Sabías que yo trabajé en un periódico por cinco años, Sofi?

Yo sacudí mi cabeza diciendo que no.

— ¿Túuuu? —dijo mami abriendo los ojos grandes, muy grandes.

— Sí, claro que sí. Fui corresponsal internacional del *Washington Post* en el Medio Oriente.

A papá le salió un ruido horrible de la garganta. Todos volteamos a mirar a papá y él se quedó pasmado.

— ¿Estás bien, Sergio? —dijo el abuelo.

— Hum, sí, sí. Es que se me fue la comida por el lado que no era.

— Ah, bueno, porque yo sé de primeros auxilios por si te estás ahogando.

— No, gracias, estoy bien —dijo papá y se paró de la mesa—. Disculpen.

Mami se levantó también.

— Bueno, yo voy a recoger los platos— dijo—. Espero les haya gustado el desayuno.

— Gracias, hija.

Por un momento nos quedamos Santi y yo solos con el abuelo en la mesa y a mi me agarraron unas ganas inmensas de hacerle muchas



preguntas. Ya cuando le iba a preguntar sobre su trabajo en el periódico ese, Santi me agarró del brazo.

— Vamos a ver tele, Sofi —dijo el metido de mi hermano, arrastrándome hacia la sala—. Creo que hay una peli muy buena que van a dar.



3

SANTIAGO

LA SITUA NO PINTABA NADA BIEN. HACE RATO no veía a mi papi tan alterado. No desde que usé su computador del trabajo para navegar en la Dark Web. Esa vez sí que me echó un sermón.

Podía respirar la tensión en el aire y no entendía cómo Sofi seguía como si nada. Quizás era por su edad. No podía esperar que fuera muy madura a los diez años. Me tocaba a mi hacerme cargo como el segundo hombre de la casa. De hecho, ese día estaba cumpliendo doce y medio.

Lo triste es que nadie se acordó y no lo celebraron. Todo por culpa del abuelo.

Al parecer todos los abuelos eran iguales. El abuelo Ricardo no cumplía sus promesas, y el abuelo Alfredo un papá ausente que hacía sufrir a mi mamá.

— ¡Qué peli más tonta! —dijo Sofi con voz de gallina flaca—. Ya sé qué voy a hacer más bien.

Se fue y al rato regresó con su kit para hacer pulseras de bolitas plásticas, o como se llamen. Las extendió en la mesa de centro y comenzó a tararear mientras insertaba una a una de las pelotitas, de colores diferentes, en un pedazo de



nylon. En otra ocasión le hubiera dicho que se fuera a su cuarto, pero era mejor tenerla bajo mi guardia, no fuera que se pusiera a hablar con el enemigo.

Me acosté en el sofá y le subí el volumen al tele. Chester apareció de repente y se perchó encima del espaldar del sofá. Qué gato más raro.

Todo este conflicto familiar me tenía asfixiado. Me concentré en la película para no tener que pensar en eso. La escena se puso interesante: un ninja entró a la habitación de hotel del protagonista para atacarlo mientras dormía, pero un niño gordito que tenía un chimpancé de mascota lo vio entrar y gritó. El ninja también gritó. El héroe se despertó y esquivó la aguja que iba hacia él. Se armó la gorda. Llegaron refuerzos. ¡Wow, qué pelea! ¡El héroe ganó!

— Los ninjas de ahora son muy malos.

La voz del abuelo me hizo saltar del sofá.

— ¡Ay, mamita!

El abuelo estaba sentado en la silla detrás de Sofi, con Chester en sus piernas.

¿En qué momento llegó ahí?

— Deberías ver películas de ninjas de los 80s —dijo el abuelo—. Esos eran muy buenos. Nadie les ganaba, eran invencibles.

— ¿Qué? ¿Quién? —dije. Mi corazón seguía a millón por el susto. Ahora les dio a todos en esta casa por causarme un ataque cardíaco.



Las 9 VIDAS de

— Los ninjas de las películas de los 80s. Los verdaderos ninjas.

— ¿Y tú sabes mucho de ninjas? —preguntó Sofi.

— Por supuesto. Yo fui ninja en Japón por cinco años.

Sofi y yo nos reímos en corito, pero la expresión del abuelo era la misma que si nos hubiera dicho que comió pancakes al desayuno.

— ¿En serio? —dijo Sofi.

— ¿Y eso fue antes o después de ser reportero del *Washington Post*? — oí decir a mi papi y qué susto me pegué otra vez.

— Ay, por favor, hagan ruido antes de llegar así de repente —dije.

— Muchos años antes —dijo el abuelo—. En los 80s, obviamente.

Mi papi torció los ojos y se fue despacito. Yo también los torcí. Cada vez eran más flojos los chistes del abuelo Alfredo.

— Yo quiero saber más, abue, porfa, porfa —dijo Sofi con una voccecita de fan de Maluma. Tanto que hago para cuidarla y ella cae tan fácil.

— Bueno, pues es una historia fascinante, pero un tanto larga, si tienes tiem...

— ¡Aaaaahhhhh!

Un grito escalofriante lo interrumpió. Y esta vez no fui yo, lo prometo.



4

SOFÍA

— ¡MAMI!

El abuelo y yo corrimos a la cocina. Y creo que Santi también, pero él siempre es más lento.

Papá salió de su habitación, ya vestido.

— ¿Qué pasó, amor? —dijo papá.

— Un ladrón, hay un ladrón en la casa —dijo mami, su respiración acelerada.

— ¿Dónde?

— Arriba. Vi la sombra de un hombre moverse por la pared —dijo mami señalando con el dedo—. Yo estaba al lado de la mesa y sentí un ruido y luego vi la sombra cruzando la pared.

Papá se asomó para ver hacia la baranda del corredor del segundo piso que da hacia el comedor. Miró de un lado a otro un par de veces.

— ¿Estás segura? Pudo haber sido otra cosa o los niños, o tu papá.

— Nosotros tres estábamos aquí abajo —dije.

— Sí, yo los estaba escuchando hablar —dijo mami—. Por eso me asusté. Pero hagamos algo, que todavía puede estar arriba.

— Llamemos a la policía —dijo Santi.

— Revisemos primero —dijo papá, toman-



Las 9 VIDAS de

do uno de los cuchillos para cortar carne y poniendo cara de valiente.

— Ve tú, Sergio —dijo mami—. Yo me salgo con los niños y papá para la calle. Y voy a pedir ayuda a los veci...

En ese momento escuchamos un estruendo en el segundo piso.

— Ay, mamita, ¿qué fue eso? —chilló mi hermano.

— ¿Dónde está el abuelo? —dije.

Mami se llevó las manos al rostro, con la boca abierta. Papá corrió por el corredor y trepó las escaleras. Santi y yo corrimos detrás de él sin miedo (bueno, al menos yo que soy más valiente que Santi).

Fue directo al cuarto de huéspedes donde dormía el abuelo, pero al llegar a la puerta se detuvo unos segundos mirando hacia adentro. Soltó un gemido y nos hizo señas de que nos quedáramos atrás. Luego entró.

— Esto es como una historia de superhéroes —dijo Santi—, pero el héroe es mi papi.

Yo lo miré feo y me puse un dedo sobre los labios para que se callara.

Papá salió de la habitación y se asomó por la baranda hacia el primer piso.

—¡Yaz, llama a una ambulancia!

Esa palabra me heló las palmas de las manos.

— Vamos a ver —dijo Santi y me haló con él.



El cuarto era un desorden con cosas tiradas por todas partes. El viento soplaba fuerte haciendo flotar la cortina como un fantasma sobre el cuerpo del abuelo. Esta vez fui yo la que gritó.

Los minutos o las horas siguientes fueron un caos que quisiera olvidar. La ambulancia se llevó al abuelo en un escándalo que sacó a todos los vecinos de sus casas. Papá nos metió al carro a regañadientes y seguimos la ambulancia hasta la clínica.

Todas esa parte se sentía distante, como una pintura abstracta que no podía entender. Ya cuando sacaron al abuelo de urgencias y nos subieron a una habitación con él, fue que sentí que volví a la realidad.

La máquina a la que conectaron al abuelo tenía un pitido muy fastidioso que se repetía cada segundo. Santi se tapaba los oídos, pero a los adultos parecía no importarles.

— La contusión no parece ser muy grave, pues la hinchazón es moderada —dijo la doctora. Era morena y muy bonita—. Sin embargo, ya lleva más de dos horas inconsciente, por lo que puede ser de mucho cuidado. ¿Cómo se golpeó?

— Alguien le pegó en la cabeza —dijo mami—, un ladrón, y al parecer con un trofeo de mi esposo.

— De bolos —dijo papá—, fui campeón.

Mami miró a papá como diciendo “¿En serio, Sergio Cárdenas? ¿En serio?”

La doctora escribió algo en un papel.



Las 9 VIDAS de

— Bueno, no sabremos con seguridad si hay algún daño en el cerebro hasta tener el resultado de la tomografía. Debe quedarse hasta mañana en observación. Supongo que ya la enfermera les informó que no se permite a ningún acompañante después de las seis de la tarde.

Era la primera vez que veía a alguien inconsciente. Hubiera creído que era algo aterrador, pero no. De hecho, el abuelo respiraba tranquilamente en su sueño.

— Más tarde vendrá el doctor Rendón a revisar a don Alfredo y a informarles de los resultados —dijo la doctora—. Que tengan un buen día.

Cuando se fue la doctora, papá se paró al pie de la cama mirando al abuelo con una mueca.

— Pues ni tan ninja —dijo muy bajito.

— ¿Qué dices, Sergio? —preguntó mami.

— Nada, nada. ¿Quién quiere algo de comer de la cafetería?

— ¡Yooooo! —dijo Santi y pegó un brinco. Luego se encorvó como un zombie y agarró el brazo de papá—. Vamos que me muerooo de haaambree.

— ¿Vienes, Sofí? —dijo papá.

— No, yo me quedo con el abuelo.

— Yo también —dijo mami—. Me traes un tinto, por favor.

Luego de que se fueron, mami y yo nos quedamos un rato en silencio hasta que me cansé de escuchar el pitido de la máquina.



— El abuelo dice que fue un ninja pero papá no le cree.

— ¿Un ninja? ¿En serio? Jajaja.

— Yo sí le creo.

— Pues algo de ninja sí tiene y es que aparece y desaparece cuando uno menos lo espera.

Los ojos se le aguaron y suspiró largamente.

— Cuéntame del abuelo, mami.

Se quedó pensando un rato antes de responder.

— Pues en realidad no lo conozco, ¿sabes? Sólo vivió con nosotras hasta que yo tenía seis años. Cuando tenía 12 o 13 recibí un par de cartas. Decía que me había escrito muchas más pero nunca recibí nada. Creo que sólo lo vi una vez antes de que Santi naciera. Luego de esa vez se perdió por cinco años, sin escribir ni llamar. Yo creí que ya no lo iba a volver a ver hasta hace unos siete u ocho años que me llamó. Y desde entonces ha estado en contacto y nos ha visitado algunas veces en navidad. ¿De eso sí te acuerdas, verdad?

— Me acuerdo que me regaló un oso de peluche tan grande que casi ni cabe por la puerta.

Las dos nos reímos, pero luego la risa de mami se convirtió en sollozos. Yo la abracé fuerte.

— Tú tenías siete años —dijo entre lágrimas—. Él me dio uno igual cuando era niña.

— ¿Y dónde está mi oso?



Las 9 VIDAS de

— Todavía empacado en el garaje con las cajas de la mudanza que aún no hemos sacado.

Mami se secó la cara y me miró con un poco de vergüenza.

— Ya sé que llevan dos años ahí —dijo—, pero es que no he tenido... no he sacado el tiempo.

— Ahí deben estar todos los regalos que nos dio el abuelo cada navidad.

— No todos. Pero sí bastantes. ¿Cuál ha sido el regalo que más te ha gustado?

Ese era muy fácil de saber.

— ¡Pues el del año pasado!

Mami se quedó pensando un ratito y luego se le iluminó la cara.

— ¡Pues claro, Chester!

Sonreímos y nos quedamos viendo el pecho del abuelo que subía y bajaba rítmicamente.

— Cuéntame algo bonito del abuelo —dije sin apartar mi vista de él.

— Bueno, la abuela Margarita lo conoció en España, cuando él cantaba en una banda de rock.

— ¿El abuelo fue cantante?

— Sí. Y al parecer muy bueno. Mi madre me contó que viajaron de tour por toda Europa. De hecho yo nací allá, en Madrid.

— Ah, sí, eso ya lo sabía. Pero te trajeron a Colombia cuando tenías un año. O sea que en realidad no vale, no eres española.



— ¿Ah? ¿Cómo que no vale?

— Yo creo que sí vale —dijo una voz suave.

— ¡Papá!

— ¡Abue!

Tenía los ojos medio abiertos y una sonrisa pintada en la cara.

— ¿Cómo te sientes? —dijo mami, acercándose a la cama.

— De maravilla —dijo el abuelo—. Así como cuando fui rockero por cinco años. De los mejores años de mi vida.

El abuelo se llevó las manos a la frente y arrugó la cara.

— ¿Te duele mucho la cabeza, papá?

Él cerró los ojos como aguantando el dolor y encogió los hombros.

— He pasado peores.

— No te preocupes —dije—. Todo va a estar bien. Los doctores aquí son muy buenos.

— Te van a dejar aquí esta noche y mañana te llevamos a la casa —dijo mami—. Además hablé con mamá y le pedí que viniera a ayudarnos. Viaja mañana de Bogotá.

El abuelo abrió los ojos como asustado.

— No, no, no es necesario que venga. Ella tiene su vida, sus ocupaciones. ¿Para qué le dijiste que viniera?

— ¿Tienes miedo de volver a verla? —dijo mami con una risita, pero el abuelo no respondió.



Las 9 VIDAS de

— Papá, ¿qué pasó en la casa? ¿Cómo ocurrió todo?

El abuelo miró hacia el otro lado de la habitación y abrió la boca por un segundo como para decir algo, pero la cerró. Luego volteó y nos miró sin emoción.

— No sé. No vi nada.



5

SANTIAGO

EL LUNES ME DESPERTÉ CON MI SEXTO SENTIDO en alerta máxima. Mis instintos me decían que algo no andaba bien, pero no sabía qué.

Me vestí rápidamente (no había tiempo que perder con cosas tan banales como bañarse) y salí de prisa de mi cuarto. Cuando bajaba las escaleras me pareció extraño escuchar la voz de mi papi, pues eran más de las ocho de la mañana.

— ¿Y por qué no estás hoy en la oficina? —le pregunté al verlo tomándose un café en el comedor, pero ya vestido con su disfraz de gerente, saco y corbata a la moda. Parecía el profesor de *La Casa de Papel*, pero más joven.

— Voy a trabajar desde casa por la mañana porque tengo que recoger a tu abuela en el aeropuerto al mediodía.

— ¡Síiiii, abuelita! —gritó Sofi detrás de mí y si yo fuera gato me hubiera pegado del techo.

— Vengan a desayunar —dijo mamá, poniendo platos con arepas y huevos fritos en la mesa— y luego se van para el parque a jugar que no los quiero ver en la casa viendo pantallas todo el día.



Las 9 VIDAS de

Sofi y yo nos lanzamos a devorar la comida, pero no sin antes ponerle cantidades copiosas de queso crema y ají picante a la arepa (bueno, ese fui yo, pues Sofi le puso mantequilla y sal, igual que mamá).

Un celular timbró y mamá contestó.

— Aló... sí, con ella... ajá, dígame...

Su cara cambió de relajada a preocupada. Después de un rato en el que la angustia le cambió el sabor al desayuno, terminó la llamada.

— Era del hospital, ¿cierto? —dijo mi papi.

Mamá asintió.

— Papá amaneció mal, con una inflamación en el cráneo. Lo van a ingresar a cirugía.

— ¿Quieres que te lleve al hospital?

— No, ¿qué puedo hacer yo allá mientras está en cirugía? Mejor espero a que llegue mi mamá y vamos con ella.

Terminamos el desayuno en silencio y luego Sofi y yo nos escurrimos fuera de la casa.

— Santi... — dijo Sofi ya en la calle.

— ¿Qué?

— ¿Crees que el abuelo va a estar bien?

— ¡Claro! No te preocupes.

La verdad es que no sabía qué iba a pasar. Aunque aún tenía mis sospechas con el abuelo, me daba pesar con el viejito y no quería ver sufrir a mamá.



El parque estaba a tres cuadras de la casa, bajando dos calles y luego cruzando a la izquierda otra calle más. Obviamente estaba desierto a esa hora de la mañana, pues todos mis amigos debían estar en YouTube o jugando Xbox. Las amiguitas de Sofi seguro estaban haciendo pendejadas en TikTok. ¡Y nosotros aquí desterrados de nuestro hogar!

Sólo habían dos adultos paseando sus perros. Sofi, la animalista empedernida, no perdió ni un segundo y me dejó solito para ir a jugar con el Cocker Spaniel que orinaba de árbol en árbol al otro lado del parque.

Yo me senté en una banca y saqué mi celular. Quizás esta vez sí podría conectarme al Wi-fi gratis que supuestamente había en el parque. Pero era más fácil agarrar la snitch dorada en un juego de quidditch que atrapar una pizca de señal para descargar si quiera un mensaje de texto.

En efecto, después de 15 minutos, todo lo que logré obtener fue el dinosaurio pixelado de Chrome cuando no hay internet. Y creo que hubiera roto mi récord saltando cactus si los perros no se hubieran marchado y por ende enviado a mi hermanita de regreso.

— ¡Estoy aburrida! Vámonos para la casa.

— Buena idea. Esto aquí es una agujero negro de conectividad.

Arrancamos para la casa y a media cuadra



Las 9 VIDAS de

volví a sentir la incertidumbre con la que me desperté esa mañana. Un escalofrío me pasó por la espalda cuando vi la puerta abierta de par en par. Sofi entró como si nada y se anunció apenas cruzó el umbral.

— ¡Mami, llegamos!

Silencio.

Sofi subió al segundo piso pero yo me dirigí a la habitación de mis padres.

— ¿Papi? ¿Mamá? ¿Dónde andan?

El desorden en la cocina me hizo detener de repente. Platos rotos y restos de comida en el piso.

— ¿Dónde están todos?

Corrí a la habitación principal pero no había nadie, ni siquiera en el baño. Luego corrí al segundo piso, mirando cada habitación. Primero la mía, luego la de Sofi.

— ¡Papi! ¡Papi! —el pánico me comenzó a ahorcar— ¡Mamá!

Sofi salió de su cuarto detrás mío, alarmada por mis gritos.

— Santi, deja el escándalo.

La ignoré y fui al cuarto de huéspedes. Nadie. No estaban en casa.

Todo se veía más desordenado que el día anterior, sólo que esta vez había una hoja de papel clavada en la puerta con un cuchillo.

— ¿Qué es eso?



Todas las imágenes de las películas de acción que había visto en mi vida inundaron mi cerebro, pero ninguna frase digna de un Óscar me salió en ese momento.

— No sé.

— Tiene algo escrito a mano —dijo Sofi, examinando la hoja en la puerta—, pero no está en español. Parecen garabatos.

Yo respiré profundo e intenté tragarme el miedo. Me acerqué a la puerta para ver mejor. Yo había visto ya ese idioma en una película de la segunda Guerra mundial que vi con mi papi en Netflix. No era un alfabeto como el nuestro, ni tenía las bolitas y rayitas del ruso o esos idiomas de por allá. Pensé un rato hasta que supe dónde lo vi.

— No son garabatos —dije con el acento de James Bond—. Es hebreo.



6

SOFÍA

— ¿DÓNDE ESTÁN MIS PAPÁS, SANTI? ¡¡MAMI!!

— No hay nadie en la casa —dijo Santi con una seriedad que no le había visto nunca.

— ¿Y para dónde se fueron? Mami nunca nos deja solos sin avisar.

— Hay que traducir esta nota.

Santi arrancó la hoja de papel de la puerta y se quedó un rato con los ojos clavados en ella.

— Santi, tú no sabes ebrio.

— Hebreo. Pero Google sí. Vamos.

Seguí a Santi a su habitación. Él se sentó en la silla de su escritorio y prendió el portátil. La cama estaba destendida y tuve que quitar unas revistas de cómics al pie de ella para sentarme. Una docena de superhéroes me miraban desde las repisas en la pared.

Éramos tan diferentes.

Cuando el compu inició me paré al lado de él. Algo me rozó las piernas y me asusté.

— Aah, Chester, eres tú.

Lo levanté para abrazarlo y lo acaricié una y otra vez mientras Santi se impacientaba con el computador que no empezaba.



— ¿Y cómo lo vas a traducir si está escrito a mano? —dije.

— Eso es lo que voy a averiguar.

Comenzó a escribir en Google y luego a leer como un nerdo.

A mi los computadores no me llamaban la atención, a no ser para ver tutoriales de dibujo.

— ¡Ah, ya sé! —dijo Santi. Sacó su celular del bolsillo—. Tengo que descargar la aplicación de Google Translate.

— No creo que te funcione.

— Ya veremos.

Los garabatos en el papel eran como cuadrados incompletos con rayas y rayitas a los lados.

Me asomé por encima del hombro de mi hermano. Santi abrió la app en su celular y seleccionó “Hebreo” en el lado izquierdo y “Español” en el derecho. Luego presionó el ícono de cámara y puso el teléfono sobre el papel en el escritorio.

— Ahora le doy escanear....

En un par de segundos la app reconoció las letras. Santi presionó un botón más y luego el texto estaba allí, en español.

— Yo veo—dije, tratando de quitarle el celular.

Él haló fuerte para no dejárselo quitar y en el forcejeo el aparato salió volando, pegó contra una pared y cayó al piso. Dejé de respirar por un momento.

— ¡Nooo! —gritó Santi—. ¡Mi precioso celular!



Las 9 VIDAS de

Mi hermano se lanzó hacia su tesoro máspreciado y lo levantó del piso como a un bebé herido. Su cara hizo un gesto de horror antes de transformarse en un monstruo.

— ¡Rompiste la pantalla, Sofía!

— Yo no... yo... no... —las manos se me enfriaron y la voz me temblaba—. Perdón.

— Y se apagó por el golpe. Ahora quién sabe si prenda.

Presionó el botón de encendido y se quedó mirando la pantalla con enojo. Seguro era mi imaginación pero parecía que le salía humo por las orejas.

— Me lo vas a tener que pagar de tus ahorros, Sofía Margarita.

Yo quería salir corriendo y esconderme, pero en realidad quería saber qué decía la nota de los garabatos ebrios.

— No fue mi culpa—dije—. ¿Para qué no me lo dejaste ver?

Esta vez me ignoró, enfocado en la pantalla que se iluminó.

— No pasó nada, ¿ves? —dije.

— Claro que sí. El vidrio se partió.

— Bueno, ese se arregla. Al menos no fue la pantalla. Lo importante ahora es saber lo que dice el papel.

— No guardó. Tengo que escanearlo otra vez.

Santi repitió el proceso y el texto en español apareció de nuevo, esta vez con una línea en la mitad por



donde se partió el vidrio del teléfono. Me aguanté las ganas de quitárselo y esperé a que leyera.

Pasaron varios segundos y no dijo nada.

— ¿Qué dice? — dije.

— Es una nota para el abuelo. Hay palabras que no tradujo bien, pero el mensaje se entiende.

Los ojos de Santi estaban como en el espacio.

— ¿Y ahora qué vamos a hacer? — dijo Santi, arrugando la cara en angustia—. En estos momentos nos vendría muy bien ser amigos de Bruce Wayne.

— ¿De quién?

— De Batman.

— ¡Ay, bobo! Présteme entonces el teléfono si no me va a contar lo que dice.

No esperaba que me lo diera pero me lo entregó así no más y se sentó frente al escritorio con la cara entre las manos. Aunque Santi era el rey del drama, esta vez su reacción parecía genuina.

Yo me senté de nuevo en la cama y comencé a leer. En algunas partes había unos cuadrados en lugar de letras, quizás donde la app no pudo traducir los garabatos. La nota decía:

Alfred, sé que tienes el □□□. Pero yo tengo a tu hija y yerno. Te propongo un intercambio. Tienes hasta mañana a medianoche para □□□□□□□□. Si no lo entregas, haré con ellos lo que nos hacían los guardias en Wadi el-Natrun. Estaré en contacto. — Y.



7

SANTIAGO

¿Y AHORA QUÉ ÍBAMOS A HACER?

Mi papi sabría qué hacer pero en ese momento él era el que estaba en peligro. Éramos Sofi y yo solos, sin ningún adulto. El abuelo en la clínica y...

— Tenemos que ir a la clínica a buscar al abuelo —dije apenas se me ocurrió esa brillante idea—. Esta nota es para él. Él sabrá qué hacer.

Extraño. La nota no estaba en el escritorio.

— ¿Cierto, Sofi?

Sofi no decía nada. Volteé y vi que había salido al balcón que da a la calle. Fui al balcón.

— ¿Qué haces aquí? —dije.

Un viento fuerte me despeinó e hizo temblar las puertas de vidrio de nuestras habitaciones.

— Pensando —dijo Sofi.

— ¿Estás triste?

— ¿Triste? No sé, pues... estoy confundida— dijo Sofi. Me mostró la macabra hoja de papel apretada en su mano izquierda— ¿Qué quiere decir esta nota, Santi? ¿Cómo así que tiene a la hija y el yerno? ¿A qué se refiere? ¿Y quién es esta persona que firma con una “Y”?



Quizás por ser el mayor, o por haber visto más películas de acción que ella (de hecho a ella no le gustan las pelis de ningún tipo), yo entendía mejor lo que estaba pasando.

— No sé quién escribió la nota —dije, poniendo una mano sobre su hombro—. Pero creo que lo que dice la nota es que esa persona secuestró a nuestros papás.

Los ojos de Sofi se volvieron gigantes y en un instante se llenaron de lágrimas. Presionó sus labios fuertemente, luego arrugó el papel en su mano, lo tiró por el balcón y corrió a su cuarto.

El papel no alcanzó a tocar el asfalto cuando el viento se lo llevó junto a las hojas caídas que usualmente llenaban la acera. La nota rodó y desapareció al final de la cuadra como cuando la Capitana Marvel se fue de la tierra para salvar otros planetas.

Algo me decía que debía recuperarla, pues era evidencia para llamar a la policía o al menos para mostrársela al abuelo. Pero ya estaba muy lejos.

El llanto de mi hermana me trajo de nuevo a la realidad.

La encontré con la cabeza metida en su almohada, llorando lágrimas de temor. Chester se había acostado a su lado, con una patita sobre su pierna. Es como si supiera lo que estaba pasando.



Las 9 VIDAS de

— Todo va a salir bien, Sofi —dije. Puse mi mano sobre su espalda—. Vamos a encontrar a alguien que nos ayude. El abuelo sabrá qué hacer. Todo lo que tiene que hacer es entregar lo que le están pidiendo.

Sofi no decía nada. Luego de un rato su llanto se calmó y sólo suspiraba de vez en cuando.

No sé por qué pero no sentía ganas de llorar ni de esconderme en mi habitación. Tenía una sensación extraña de que debía esperar para sentir y sólo tomar acción. Ya después vendrían todas las emociones.

Las manillas del reloj de pared de Sofi eran dos brochas de pintura. Marcaban las 10:44 AM.

El abuelo estaba en cirugía. Y yo no sabía cómo llegar al hospital para mostrarle la nota. ¡Pero la nota se perdió con el viento!

Sofi se quedó dormida. La dejé en su cama y fui por mi teléfono. El vidrio partido me revolvió el estómago pero me tranquilicé una vez vi que la traducción seguía abierta en la app. Tomé una foto de la pantalla y la leí otra vez.

Alfred, sé que tienes el □□□. Pero yo tengo a tu hija y yerno. Te propongo un intercambio. Tienes hasta mañana a medianoche para □□□□□□□□. Si no lo entregas, haré con ellos lo que nos hacían los guardias en Wadi el-Natrun. Estaré en contacto. — Y.



¿Qué tiene el abuelo que esta persona quiere? ¿Y qué es Wadi el-Natrun?

— Google debe saber.

Escribí “Wadi el-Natrun” en el buscador. El primer resultado era de Wikipedia pero me cambió la ortografía de las palabras.

“Uadi al-Natrun (en árabe para “Valle del Natrón”) es un valle localizado en Gobernación de Behera, Egipto, que incluye una ciudad con el mismo nombre.”

¿El abuelo estuvo en Egipto? ¿Pero por qué habla de unos guardias?

Regresé al buscador y escribí la palabra “guardias” después del nombre del valle egipcio. El tercer resultado llamó mi atención.

“Miles de presos escapan de distintas cárceles de Egipto. www.elperiodico.com - 30 ene. 2011”

Le di click al enlace y cargó un artículo de periódico.

“Miles de presos se han escapado en las últimas horas de distintas cárceles de Egipto aprovechando que las prisiones han sido destruidas o que los agentes encargados de la vigilancia han abandonado sus puestos de trabajo. Algunos medios de comunicación del país han advertido que los arsenales corren el riesgo de desaparecer.”



Las 9 VIDAS de

“En la cárcel de Wadi el Natrun, una de las mayores del país, que se encuentra en el camino desértico entre El Cairo y Alejandría, numerosos presos se han escapado, según ha confirmado el general Ahmed Helmi a la televisión estatal egipcia. Helmi, que hablaba desde la prisión, ha explicado que esta acoge más de 11.000 presos y cuenta con miles de armas, pero no ha podido precisar cuántos de los prisioneros se han fugado.”

— ¡Wadi el-Natrun es una cárcel!

¡Mi abuelo estuvo preso en Egipto! ¿Será que él fue uno de los que se escapó?

Sentí un vacío en el pecho. Esto era más peligroso de lo que pensaba. O quizás estaba exagerando y no era tan grave.

Comencé a caminar de un lado a otro, mordiendo mis uñas. Había un objeto que el secuestrador quería pero no sabíamos qué era. El abuelo no estaba disponible y teníamos unas 36 horas para encontrar el objeto.

Respiré profundo y me tragué el miedo. Más tarde lo sentiría, ahora no.

Me asomé al cuarto de Sofi. Seguía durmiendo.

Entré entonces al cuarto del abuelo y comencé a buscar el objeto desconocido. ¿Cómo lo encontraría si ni siquiera sabía lo que estaba buscando?

Habían muchas cosas tiradas en el piso desde el robo, así que empecé analizando cada una de



ellas. Luego mire las repisas, los libros de la biblioteca, la mesa de noche, debajo y encima de la cama. Me sentía como uno de los agentes de CSI Miami, pero sin ningún hallazgo interesante.

Si yo estuviera escondiendo un objeto valioso y no tengo caja fuerte, ¿dónde lo escondería?

Lo más valioso que yo tenía era una edición original de un cómic del Hulk y la tenía guardada en una bolsa sellada al fondo de un cajón, debajo de mi ropa.

Quizás el abuelo haría lo mismo. Éramos familiares al fin y al cabo. Creo.

Abrí el closet y miré en el primer cajón. Nada. Vacío.

Luego el de la mitad. Tampoco. Sólo medias y ropa interior de viejito.

Abrí el tercero y había algo envuelto en una bolsa. ¡Lo sabía! Saqué la bolsa del cajón y la puse en la cama. Las manos me sudaban de los nervios.

Me senté en la cama y examiné la bolsa. Nada fuera de lo común, una simple bolsa plástica de supermercado. Abrí la bolsa y saqué el único objeto en su interior: una especie de libro con pasta de cuero envuelto con un cordón amarrado en un nudo. Entre el cordón y el libro había un sobre.

Mire a todos lados, sospechando que alguien me pudiera estar observando, pero estaba solo.



Las 9 VIDAS de

Deslicé el sobre fuera del libro con mucho cuidado y me lo puse sobre las piernas. Recordé el documental que vi acerca de los sobres con ántrax en los Estados Unidos y dudé en tocarlo de nuevo.

Pero debía hacerlo. Allí podría haber una pista para salvar a mis papás. Abrí el sobre. Era una carta. Obviamente. Prueba superada.

Ahora había que leerla. Ojalá no estuviera en hebreo.

La fecha de la carta era Diciembre 1, 2019 — la semana pasada.

Querida Yaz,

Esta carta es para decirte por escrito lo que nunca te pude decir en persona...

La lectura la interrumpió el ruido de un carro parqueando al frente de la casa. Luego pasos y voces que no alcanzaba a distinguir.

En un flash me di cuenta del error de principiante que había cometido. No cerré la puerta de la casa cuando llegamos del parque.



8

SOFÍA

— HOLA, ¿HAY ALGUIEN EN CASA? — DIJO LA VOZ en mis sueños.

Pero al parecer ya no estaba en la pesadilla en la que habían secuestrado a mis papás. Estaba en mi cama, despertando a un nuevo día.

— Hola, ¿hija?

— ¡Mami! — me levanté de un salto y miré hacia la puerta de mi habitación. Pero no era mi mami—. ¿Abuelita?

— Hola, mijita — dijo la abuela Margarita—. ¿Dónde está todo el mundo?

No supe qué responder. El sueño todavía me pesaba y no sabía si la nota con el cuchillo y la traducción del celular de Santi fue real o me lo soñé. Abuelita me observaba desde la puerta con su suéter violeta y su ropa de moda. Parecía igual de joven que mi mami, siempre elegante y bonita.

— ¡Tita! — dijo Santi en el corredor.

— Hola, mi Santi hermoso — dijo abuelita y se volteó a abrazar al lambón de mi hermano. Siempre es súper querido con ella porque le trae regalos.



Las 9 VIDAS de

— Tita, tita, nos tienes que ayudar —empezó Santi a balbucear a mil por hora—. Sofi y yo estábamos en el parque y cuando llegamos no había nadie en la casa y un reguero en la cocina y—

— Sí, eso veo, mijito —interrumpió la abuelita que siempre le gusta meter la cucharada—. Como que a alguien se le cayó un plato. Pero bueno, yo voy a barrer eso.

Santi se agarró del brazo de abuelita que ya se iba hacia las escaleras.

— Espera tita que no te he terminado de contar. Había una nota clavada con un cuchillo ahí en la puerta de ese cuarto.

Santi fue hasta la puerta y señaló el hueco del cuchillo. La tristeza me envolvió de nuevo como si me hubieran derramado un galón de pintura negra encima. Al parecer no fue un mal sueño.

— Ahorita me cuenta la historia, mijito, que acabo de llegar. Más bien venga y me ayuda con la maleta.

Santi resopló y se llevó las manos a la cabeza al ver a abuelita escapar por las escaleras. Se acercó a mí y me habló entre los dientes.

— Cuéntale tú, a ver si a ti te hace caso.

— ¿Y qué le digo?

— ¡Pues todo lo que pasó!

No fui capaz. Simplemente me quedé ahí, paniqueada.



— ¡Agh! —dijo Santi y corrió al borde de las escaleras—. ¡Secuestraron a mis papás!

Lo dijo tan fuerte y con tanto ímpetu que abuelita casi se rueda por las escaleras.

— ¿Qué locuras estás diciendo, Santiago? Eso ni en charla.

— Sí, tita. Había una nota que decía eso, una nota para el abuelo Alfredo.

— No digas bobadas, Santi, que el abuelo está en la clínica y él no habla con nadie en Colombia desde hace muchos años.

— Abuelita —dije yo, encontrando mi voz—. ¿Quién te trajo del aeropuerto?

— Me vine en taxi, mijita. Su papá tuvo una emergencia en la oficina y no me pudo recoger.

— ¿Hablaste con mi papi? —dijo Santi. ¿Cuándo?

— Tu mami me envió un texto después de que aterricé y me dijo que Sergio no me podía recoger porque tenía que ir a trabajar.

Santi se quedó pasmado como si también le hubieran echado pintura encima. La abuelita se perdió en el primer piso mientras murmuraba algo acerca de la imaginación retorcida de esta generación.

Bajamos las escaleras. Abuelita estaba sentada en la sala, escribiendo algo en su teléfono. Unos segundos después se puso de pie y le pasó el celular a Santi.



Las 9 VIDAS de

— Ahí le mandé un mensaje a tu mamá — dijo abuelita, marchándose—. Me avisas qué responde. Yo voy a limpiar ese reguero en la cocina.

Santi tomó el celular con ambas manos y yo me acerqué para verlo con él.

— Miremos los chats —dijo Santi—. Aquí hay un mensaje de mamá a las 11:15 que dice, “Hola, madre. Sergio tuvo una emergencia en el trabajo y no te puede recoger. Puedes coger un taxi, porfa? Yo te lo pago.”

— Son las 12:21 —dije, leyendo la hora en el celu.

— No tiene sentido. La nota estaba aquí antes de las 10.

— De pronto era una broma —dije—. Del día de los inocentes.

— Mis papás nunca hacen bromas. ¡Y todavía no es el día de los inocentes!

— Tal vez la nota no dice lo que creímos —dije—. Para mi que ese tiesto de teléfono tuyo no sabe traducir del ebrio al español.

— No es ebrio, tonta —dijo Santi y me sacó la lengua—. Es HE-BRE-O.

¡Ting!

Entró un mensaje en el celular de abuelita. Era una sola palabra: “Sí.”

El mensaje anterior era de abuelita para mi mami y decía: “¿Dónde estás? ¿En la clínica con tu papá?”



Me sentí de mil colores y salté de alegría.

— ¡Abuelita! —grité—. Mami dice que sí está en la clínica.

Abuelita se asomó a la sala.

— Santi —dijo abuelita—. Escríbele diciendo que nos vemos allá en una hora. Ustedes se van conmigo, pero antes vengan les doy algo de almuerzo.— ¡Agh! —dijo Santi y corrió al borde de las escaleras—. ¡Secuestraron a mis papás!

Lo dijo tan fuerte y con tanto ímpetu que abuelita casi se rueda por las escaleras.

— ¿Qué locuras estás diciendo, Santiago? Eso ni en charla.

— Sí, tita. Había una nota que decía eso, una nota para el abuelo Alfredo.

— No digas bobadas, Santi, que el abuelo está en la clínica y él no habla con nadie en Colombia desde hace muchos años.

— Abuelita —dije yo, encontrando mi voz—. ¿Quién te trajo del aeropuerto?

— Me vine en taxi, mijita. Su papá tuvo una emergencia en la oficina y no me pudo recoger.

Santi y yo nos miramos confundidos.

— ¿Hablaste con mi papi? —dijo Santi. ¿Cuándo?

— Tu mami me envió un texto después de que aterricé y me dijo que Sergio no me podía recoger porque tenía que ir a trabajar.



Las 9 VIDAS de

Santi se quedó pasmado como si también le hubieran echado pintura encima. La abuelita se perdió en el primer piso mientras murmuraba algo acerca de la imaginación retorcida de esta generación.

Bajamos las escaleras.

La abuelita estaba sentada en la sala, escribiendo algo en su teléfono. Unos segundos después se puso de pie y le pasó el celular a Santi.

— Ahí le mandé un mensaje a tu mamá — dijo abuelita, marchándose—. Me avisas qué responde. Yo voy a limpiar ese reguero en la cocina.

Santi tomó el celular con ambas manos y yo me acerqué para ver con él.

— Miremos los chats — dijo Santi—. Aquí hay un mensaje de mamá a las 11:15 que dice, *“Hola, madre. Sergio tuvo una emergencia en el trabajo y no te puede recoger. Puedes coger un taxi, porfa? Yo te lo pago.”*

— Son las 12:21 — dije, leyendo la hora en el celu.

— No tiene sentido. La nota estaba ahí antes de las 10.

— Tal vez la nota no dice lo que creímos — dije—. Para mí que ese tiesto de teléfono tuyo no sabe traducir del ebrio al español.

— No es ebrio, tonta — dijo Santi y me sacó la lengua—. Es HE-BRE-O.



¡Ting!

Entró un mensaje en el celular de abuelita. Era una sola palabra: “Sí.”

El mensaje anterior era de abuelita para mi mami y decía: “*Dónde estás? En la clínica con tu papá?*”

Me sentí de mil colores y salté de alegría.

— ¡Abuelita! —grité—. Mami dice que sí está en la clínica.

Abuelita se asomó a la sala.

— Santi —dijo abuelita—. Escríbele diciendo que nos vemos allá en una hora. Ustedes se van conmigo, pero antes vengan les doy algo de almuerzo.



9

SANTIAGO

LA ABUELA PARECÍA VIVIR EN OTRO MUNDO. AC-
TUABA como una adolescente y su rango de aten-
ción era el de una niña pequeña. Era imposible
reclutarla para que nos ayudara. Estábamos solos
otra vez.

Sofi parecía creer que todo estaba bien ya y
que veríamos a mamá en el hospital en un rato.
Aunque los mensajes de texto indicaban eso,
todo estaba por verse. Yo no estaba tan seguro.

La abuela nos hizo sentar en el comedor
mientras cocinaba. Que yo recuerde, nunca la
había visto cocinar.

Echó unas verduras en un sartén y las puso
en el fogón con una mano mientras hacía una
llamada con la otra. Luego empezó a caminar
de un lado a otro mientras hablaba.

— Aló, ¿José? —dijo la abuela en el teléfo-
no con voz coqueta—. Soy yo de nuevo. Segu-
ro dirás que tan cansona yo, pero esta mañana
que hablamos te ofreciste a ayudarme en lo que
necesitara.... sí, sí, gracias, eres un sol.... bue-
no, mira, lo que pasa es que estoy aquí donde
mi hija con mis nietos y tengo que ir a la Clínica



Medellín pero me da susto montar en un taxi con los niños... sí, una cosa es yo sola desde el aeropuerto....

Un fuerte olor a quemado y humo blanco empezaron a envolver la cocina. Sofi y yo le hacíamos señas a la abuela para que mirara el sartén pero no prestaba atención. Sofi se bajó de su silla y fue a apagar el fogón. Regresó tosiendo un poco.

Ambos nos miramos como diciendo olvidémonos del almuerzo y miremos si hay algo de mecato en alguna parte o aguantaremos hambre el resto del día.

La abuela seguía en el teléfono sin sospechar que los vegetales eran ahora carbones fosilizados.

— ... si no es mucha molestia, te lo agradecería.

Abrí la nevera mientras la abuela no miraba y saqué un par de yogures griegos. La misión de Sofi era infiltrarse en la alacena y extraer unos paquetes de papas de limón y unas galletas Oreo sin que la abuela nos viera. Ya sabíamos que se enojaba si no comíamos saludable. Pero la verdad es que unas galletas procesadas con cantidades industriales de azúcar refinada eran más apetecibles que sus vegetales rostizados.

— No, no es nada grave, yo estoy bien y mis nietos también. Es mi hija que está acompañando a su padre que está en una cirugía....



Las 9 VIDAS de

ahora te cuento lo que le pasó... perfecto, en 30 minutos más o menos... ¿quieres escribir la dirección? ... ¿la ubicación? No, no sé. Espérame un momentito.

La abuela cubrió el teléfono con una mano y me buscó con su mirada. Apenas tuve tiempo de esconder las galletas debajo de mi camiseta cuando me vio al lado de la alacena con Sofi.

— Santi, mi amor, ¿sabes cómo enviar una ubicación por este aparato?

— Sí, tita, claro —dije, hundiendo la panza para que no se notara el bulto.

— Listo, José —dijo ella—. Ya en un momento te la mando... Gracias... Nos vemos.

La abuela colgó la llamada y soltó un suspiro. Cuando me entregó el celular su cara irradiaba con una sonrisa gigante.

— La vida es bella, ¿cierto niños?

Parecía estar en otro mundo porque sin percatarse de la realidad, nos sirvió los vegetales quemados en dos platos de diferentes tamaños.

— ¿Ya le enviaste la ubicación, Santi?

— ¿A quién?

— A José, el caballero con el que estaba hablando. Puedes ver el número ahí en el celular, ¿no?

Miré el historial de llamadas y encontré el contacto. Decía: José PAPASITO.

No sabía que la abuela tenía novio.



Abrí WhatsApp y le envié la ubicación actual al papasito.

— Listo, tita —dije y le entregué el teléfono.

Ella lo tomó y se fue a mirar en el espejo del corredor.

— Tengo que arreglarme. Almuercen bien y se alistan para salir en media hora.

Apenas se fue, Sofi y yo soltamos suspiros de alivio.

— Comamos eso rápido —dijo Sofi señalando mi camiseta—. Antes que se dé cuenta.

Abrimos los yogures, las papas y las oreo y nos las embutimos lo más rápido posible. Tiramos el intento de almuerzo en la basura y subimos al segundo piso.

— Te tengo que mostrar algo que encontré —le dije a Sofi en el oído.

No alcanzó a responderme porque la abuela apareció al final de las escaleras.

— ¿Ya están listos? —dijo ella—. No hay tiempo que perder, apúrense pues. Se lavan los dientes y nos vamos.

— Sí, señora —dijo Sofi y fue al baño.

Yo me quedé atrás como espía profesional y esperé a que la abuela bajara. Fui a mi cuarto por un morral y regresé al cajón en el cuarto de huéspedes por el paquete donde estaba la carta para mamá. Puse la bolsa en el morral y salí justo cuando Sofi salía del baño.



Las 9 VIDAS de

— ¿Qué llevas ahí? —preguntó Sofi con voz de niña inocente.

Yo sonreí con confianza y puse mi voz de Sherlock Holmes.

— Elemental, mi querida Sofi. La clave para encontrar a nuestros padres.



10

SOFÍA

EL AMIGO DE LA ABUELA SE VEÍA MUCHO más joven que ella, pero mayor que mi papá. Tenía un acento que no era paisa y una mirada misteriosa. Pero más misterioso andaba mi hermano con el secreto que traía en su morral.

Todo el camino hacia la clínica abuelita se la la pasó hablando duro y riendo como quien quiere reírse pero en verdad no tiene ganas. Yo nunca he sido capaz de hacer eso. Si me dan ganas de reír, me río. Si no, no.

Los adultos andaban en su cuento de amores y Santi perdido en el espacio. Me daba igual que me ignoraran, pues yo sólo quería ver a mi mami y saber cómo estaba el abuelo.

Conté los segundos en que cada semáforo se demoraba en pasar a verde y las calles que pasamos. El GPS anunciaba cada giro con antelación y sin quererlo sufría en mi interior esperando que no nos perdiéramos y llegáramos lo más pronto posible.

Cuando parqueamos fui la primera en bajarme y quise salir corriendo pero abuelita me agarró del brazo.



Las 9 VIDAS de

— Nunca corras en un parqueadero, Sofi, que te puede pisar un carro. A ver, Santi, mi amor, dame tu mano.

El José era muy alto y caminaba erguido al lado de abuelita, mirando al frente y sin percartarse de nosotros. Yo me dejé llevar pues no valía la pena forcejear con abuelita. Ya sabía que en algún momento me iba a soltar.

— ¿Tita? —dijo Santi.

— ¿Qué pasa, mijito?

— ¿Puedo caminar al lado de Sofi?

Ella puso cara de qué están tramando ustedes dos, pero asintió y soltó su mano. Santi se hizo a mi lado y medio disimuladamente se acercó para hablarme al oído.

— Tenemos que encontrar un lugar seguro sin la abuela y su novio para abrir el paquete.

— ¿Cuál paque...

— Shissh —me interrumpió Santi con cara de alarmado.

El paquete debía ser lo que guardaba en su morral. Ya se me había olvidado por la emoción de ver a mi mami.

Subimos unas escaleras y entramos a la clínica todos juntos.

— Vamos a información a preguntar dónde tienen a Alfredo —dijo abuelita— y si ya lo pasaron a cirugía.

— Yo sé don...



— Buena idea, Margarita —me interrumpió José—. Yo me encargo, por favor.

José se adelantó hacia el puesto de información y en ese momento abuelita soltó mi mano y fue detrás de él, diciendo algo que no comprendí. Pero esa era mi oportunidad. Corrí por el pasillo a mi derecha hacia las escaleras. El abuelo estaba en el tercer piso anoche. No quería arriesgarme a esperar el ascensor y que abuelita me detuviera.

— Sofi, espérame —dijo Santi.

Que me siguiera, no quería perder más tiempo.

Mi hermano era el mayor pero yo era más atlética. Lo dejé viendo un polvero. Al principio sentía sus pasos detrás de mí, pero llegando al segundo piso ya no lo escuchaba.

La habitación era la 314. Lo recordaba bien porque mami lo repitió varias veces la noche anterior. A ella le gusta pensar en voz alta y repetir las cosas para que no se le olviden.

Me guíé por los avisos en la pared y volé a la habitación del abuelo. El corazón se me quería salir del pecho. La puerta estaba cerrada pero giré la chapa y empujé con todo mi peso.

— ¡Mami, llegué!

La silla al lado de la cama, donde esperaba verla, estaba vacía. La cama también. ¿Por qué no había nadie?



Las 9 VIDAS de

Algo se movió a mi izquierda. En una esquina de la habitación había un hombre extraño que no estaba vestido de enfermero. Volteó asustado al verme. En sus manos tenía el pantalón del abuelo.

— ¿Quién eres? —dije—. ¿Sabes dónde están mi mamá y mi abuelo?

El hombre sacó algo rápidamente del pantalón del abuelo y se lo puso en su propio bolsillo. Caminó hacia mí y me sonrió.

— Espéralos aquí —dijo, poniendo una mano sobre mi hombro—. En un rato regresan.

Sin dejar de caminar, pasó por mi lado, abrió la puerta y salió de la habitación.

Por un momento me sentí confundida como cuando miro arte abstracto por mucho tiempo. La ropa del abuelo estaba toda desordenada sobre una mesa. Ese hombre podía ser un ladrón y de pronto se robó la billetera del abuelo.

Algo dentro de mí se activó, el instinto quizás, y sólo se me ocurrió perseguir al ladrón. Halé la pesada puerta con todas mis fuerzas y me impulsé hacia afuera antes de que se cerrara, pero no logré dar un solo paso porque me choqué de frente con el menso de mi hermano.



SANTIAGO

LA CABEZA DE MI HERMANA ES CHIQUITA PERO pega tan duro como el martillo de Thor. Me hubiera quedado noqueado en el piso pero Sofi me agarró de los hombros y me sacudió como loca.

— ¿Lo viste, lo viste? ¿Adónde se fue?

— ¿Quién?

— El ladrón, el que le robó al abuelo. ¿No lo viste?

— Cálmate, Sofi. Creo que el golpe te hizo daño. Lo del robo fue ayer en la casa. ¿Cómo lo iba a ver aquí?

— Menso, eso ya lo sé. Pero había un hombre aquí cuando llegué. Yo lo vi. Y creo que se llevó algo que es del abuelo.

Este misterio estaba cada vez más complicado.

— Yo no vi a nadie —dije.

Entramos a la habitación y Sofi me contó lo que había pasado hacía unos minutos. Me acerqué a la mesa con la ropa del abuelo y recogí el pantalón que se había caído al piso. No tenía nada en los bolsillos.

— De pronto sí fue la billetera —dije, mientras abría un cajón de la mesa—. O no.



Las 9 VIDAS de

En el cajón había una billetera y unas gafas. Le pasé el pantalón a Sofi y revisé la billetera. Tenía una licencia de conducir con la foto del abuelo pero todo en inglés.

— Mira esto —dijo Sofi, que se había puesto a examinar el pantalón—. Es como un bolsillo secreto en la parte de adentro.

Abrió el velcro y metió su mano hasta el fondo.

— ¿Para qué usaría este bolsillo? —dijo Sofi—. No tiene nada.

Yo me encogí de hombros.

— Hum.

— Santi, tengo susto. ¿Por qué no hay nadie aquí? ¿Dónde está mi mami?

— No sé —dije—. Pero encontré algo interesante. El abuelo le escribió una carta a mamá pero la tenía escondida. Tenemos que leerla.

— ¿En serio? ¿Y por qué no se la entregas a mami de una vez?

Nada que entendía o no quería aceptar la realidad.

— Sofi, no sabemos dónde están nuestros papás. La idea es encontrarlos y la carta puede ayudar.

Ella se quedó callada.

Me quité el morral de la espalda y saqué el paquete misterioso. Examiné la habitación para ver si era segura. La puerta hacia el pasillo no tenía manera de cerrarse con seguro.



— Ya sé —dije apenas vi la puerta del baño. Tomé a Sofi de un brazo y la arrastré hacia el escondite.

— ¡Suéltame, Santi!

— Necesitamos privacidad.

— Yo no voy a ir al baño contigo, ni loca —dijo Sofi.

— ¡Aaaaayyyy! —grité del dolor y solté el brazo de mi hermana—. ¿Por qué me mordiste?

Sofi retrocedió unos tres metros esperando mi venganza, pero no había tiempo que perder. La abuela podía llegar en cualquier momento.

— Está bien, si no quieres saber qué dice la carta, la leo yo solo.

Entré en el baño y cerré la puerta con seguro. Dos segundos después, tal como lo imaginaba, Sofi intentó abrirla.

— Perdón por morderte. ¿Me abres?

— ¿Cómo se dice?

Sentí su respiración frustrada al otro lado.

— Por favor, Santi, déjame entrar —dijo.

Le quité el seguro y abrí.

— ¡Rápido!

El baño no era muy grande, pero cabíamos los dos ampliamente. La ducha tenía un asiento en una esquina y un tubo de metal de un lado a otro. Nunca había visto tal cosa.

— Siéntate tú allá —le dije a Sofi señalando la ducha. Yo me senté en la tapa del inodoro.



Las 9 VIDAS de

Ella obedeció sin decir nada y yo saqué el libro de la bolsa. Luego saqué el sobre y la carta. Con una mezcla de emoción y terror, la leí en voz baja y temblorosa al comienzo.

Querida Yaz,

Esta carta es para decirte por escrito lo que nunca te pude decir en persona. Antes que nada, perdóname por haber sido un padre ausente que se perdió la mayor parte de tu vida hasta ahora. Mi intención no es dar excusas sino que me conozcas un poco más.

En este diario encontrarás las cartas nunca enviadas que te escribí durante décadas de aventuras por todo el mundo. Este diario, junto con el Reloj de Oppenheimer, son mis más preciados tesoros materiales. Pero el mayor tesoro, me di cuenta muchos años después, eres tú, sangre de mi sangre y hueso de mis huesos. Por eso me he retirado y he venido a estar cerca de ti y tu familia, esperando que no sea demasiado tarde.

El diario refleja mis momentos de felicidad y de tristeza, de victorias y derrotas... junto a mis emociones y disertaciones dirigidas a ti. Muy pocas veces tenía a quién contarle los secretos de mi alma, pero los escribía dirigidos a mi única hija, confiando que algún día te los pudiera entregar. Es mi regalo para ti y espero que lo aprecies.

Papá



P.D. En la solapa interior del diario hay una USB para Santiago y Sofía que te pido se las entregues solamente en caso de que algo me pase y no lo pueda hacer yo. Mi intención es ganarme su amistad y poderles pasar la herencia familiar que viene desde mi abuelo y que ha marcado mi destino: el Reloj de Oppenheimer. Mucha gente ha querido robarlo pero le pertenece a nuestra familia como los guardianes del reloj y debe pasar a mis nietos.

Volví a leer la última parte de nuevo, no creyendo lo que decía. Era algo de ciencia ficción. Esto sólo pasaba en las pelis. O en los libros.

— Ay, Dios mío —dije.

Desaté el cordón alrededor del diario y abrí la tapa de cuero con mucho cuidado, como un libro sagrado que se puede deshacer si lo tratas mal. En el bolsillo de la solapa había una memoria USB muy delgada de color negro. Después de un rato me percaté que Sofi no había dicho nada.

Volteé a mirarla y vi que estaba leyendo la carta por su cuenta. ¿En qué momento me la quitó?

— Toma —dijo ella, estirando la carta hacia mí—. Guárdala otra vez y vamos a buscar a la mami y al abuelo. No deberías haber sacado ese diario de donde lo encontraste. ¿No ves que no es para nosotros?

— ¡Claro que sí! ¿No ves que nos dejó esta USB?



Las 9 VIDAS de

— Pero sólo en caso de que le pasara algo y él está bien —dijo ella, aún con la carta en su mano.

— Pues no. Mira que lo robaron y lo golpearon. Y mamá no sabemos dónde está. No te hagas la tonta.

Sofi me lanzó una mirada tipo Smaug y cuando se puso de pie creí que escupiría fuego. Cerré mis ojos esperando su furia, pero sólo sentí que me arrebató el diario y me dejó solito en el baño. Bueno, ni tan solito, pues me quedé con la USB.



12

SOFÍA

DEJÉ A MI HERMANO EN EL BAÑO Y salí de la habitación.

Ya había tenido suficiente con todos esos misterios. Santiago se tomaba todo como un juego pero yo no podía seguir con esa incertidumbre.

Tenía que encontrar respuestas. Tenía que encontrar a mi mami.

Caminé por el pasillo hacia los ascensores y luego a la izquierda donde había un puesto de enfermería.

— Disculpe, señorita —le dije a la mujer detrás del computador.

— Hola, ¿cómo estás?

— ¿Usted sabe dónde está el señor que estaba en la habitación 314? Es mi abuelo.

— Niña, no sé. ¿Cómo se llama el paciente yo miro en el sistema?

— Alfredo.

— ¿Alfredo qué? Ay, espera.

Volteó hacia una enfermera que pasaba por el pasillo.

— Andrea, vení un momentico, porfa.

Andrea se acercó al puesto de enfermería



Las 9 VIDAS de

con cara de tengo mucho que hacer y no tengo tiempo para nada así que no me molesten. Pero sonrió.

— ¿Dónde está el señor de la 314? Ella es la nieta y lo está buscando.

— A don Alfredo lo pasaron a cirugía hace como una hora. Eso se demora en salir todavía.

— ¿Y la señora que estaba con él hoy? — dije—. ¿Sabe dónde está?

— No, niña, nadie vino a visitarlo hoy. Yo estuve cuidando a don Alfredo durante la mañana y estuvo solo todo el tiempo.

La enfermera se marchó y me dejó con el peso del mundo encima. Todo se me hacía chiquito y el aire se me iba al recordar la nota clavada con un cuchillo en la puerta.

Pero muy rápido regresé a la realidad, pues se abrió el ascensor y salió abuelita con su amigo. Venían conversando animadamente y no me vieron.

Caminaron hacia la 314, como decía la enfermera, y se me ocurrió una idea.

— ¡Abuelita! —grité corriendo hacia ella.

— Ay, mijita, ahí está. Casi me mata del susto.

— Ves, te lo dije —dijo José—. No estaban perdidos, están bien.

— ¿Y Santiago? —dijo abuelita.

— En la 314 —dije yo y extendí la mano—.

¿Me prestas tu celular por favor?



— ¿Para qué, mijita?

— Para llamar a mi mami. No está aquí.

— No, mijita. Ella me escribió hace un rato, que está haciendo una vuelta en el banco.

— Porfa, abuelita —puse mi cara de niña tierna—. Quiero hablar con ella.

Abuelita me ignoró y siguió a José que no se detuvo a esperarnos. Noté que su cartera estaba abierta, me acerqué por detrás y saqué su teléfono.

Los dejé entrar en la 314 y marqué el número de mi mami. La llamada no salió. No tenía señal.

Caminé por el pasillo hasta encontrar una ventana y marqué de nuevo. Timbró dos veces y se fue a buzón.

Qué raro. Mami no es de las que deja de contestar así estuviera en el banco. Más de una vez la habían regañado por eso.

Intenté de nuevo y esta vez fue a buzón de una, como si lo tuviera apagado.

Ya no me quedaba duda. Aquí había gato encerrado.



13

SANTIAGO

YA HABÍA SACADO MI PORTÁTIL E INSERTADO LA USB misteriosa cuando escuché la puerta de la habitación abrirse.

— ¿Santi?

La abuela.

— Estoy en el baño, tita.

Guardé todo en el morral e inhalé profundamente. Me sentía como un espía o como Ethan Hunt, el de Misión Imposible. Estaba sudando a chorros.

— Ya voy, ya voy.

Vacíé el inodoro para despistar.

Tenía que encontrar un lugar seguro para ver el video.

Me eché agua en la cara y me peiné. Afuera un teléfono timbró y escuché al novio de la abuela contestar.

— Hola, sí, ¿cómo le va? — dijo José.

Salí del baño y me senté en la silla vacía al lado de la cama, pues me temblaban las piernas. Tenía un secreto muy importante que guardar.

— ¿Ahora mismo? — dijo José al teléfono—. Entiendo, por supuesto. Ya pronto nos vemos.



La abuela no me prestó atención, pendiente de la conversación de José.

— Lo siento mucho —dijo José—. Debo irme. Una reunión de negocios.

— Oh, no, qué triste —dijo la abuela.

— Pero puedo regresar más tarde y te recojo.

— Claro, sería maravilloso, José.

— Bueno, nos vemos luego —dijo José y abrazó a la abuela.

Yo miré hacia otro lado, tratando de hacerme invisible y sólo escuché el sonido de la puerta cuando se cerró detrás de José. Unos segundos después la puerta se abrió de nuevo.

— Hola, soy yo —dijo Sofi.

Aún tenía el libro con ella. La abuela se había metido al baño y Sofi no me vio sino a mí.

— ¿Dónde están los demás? —Sofi puso el libro en mis piernas—. Guárdalo tú.

— La abuela en el baño —dije y puse el libro en el morral—. José se fue.

— ¿Y ahora qué hacemos? —dijo Sofi.

Yo señalé con mi cabeza hacia afuera. Sofi asintió.

— Tita —dije—. Vamos a ir a la cafetería. Ahora venimos.

— No, niños, esperen —dijo abuela con desesperación, el sonido del papel higiénico desenrollándose—. Ya salgo.



Las 9 VIDAS de

Sofi y yo corrimos hacia al pasillo y lejos de la habitación como hobbits huyendo de un ejército de orcos.

Nos detuvimos al final de las escaleras del primer piso mirando los adultos pasar por encima nuestro, ensimismados en sus pensamientos. Era una gran ventaja que no nos prestaran atención.

— ¿Dónde es la cafetería? —dijo Sofi.

— No sé, pero cambié de opinión. No vamos a ir a la cafetería.

— ¿Por qué no?

— Porque allá nos encontraría la abuela.

— ¿Entonces?

— Sígueme.

Era el momento de ser los héroes y resolver el misterio de la USB y el paradero de nuestros papis. Salimos de la clínica y el calor y el bullicio de los carros nos dejó aturcidos por un momento.

No conocía el sector muy bien. Sólo sabía que estábamos en la Avenida el Poblado. Cientos de carros, la mayoría taxis, estaban pegados unos a otros en la calle.

— Crucemos —dije.

Nos metimos entre los carros en ambas direcciones y llegamos a un edificio de vidrio muy alto.

— Vamos a Starbucks —dijo Sofi y arrancó hacia el local lleno de gente.

— ¡Pero no tomamos café! —dije tratando de alcanzarla.



Mamá siempre nos llevaba a Starbucks. Era su lugar favorito.

Gente entraba y salía con sus tazas de café y sus granizados.

Nos sentamos en una esquina y saqué mi portátil. Ya lo tenía prendido así que arrancó de una.

— Ya habíamos venido a este — dije—. El compu reconoció el Wi-Fi.

Saqué mis audífonos, le di el derecho a Sofi y yo me puse el izquierdo.

— Veamos qué tiene esta memoria — dije. Ella sonrió con un poco de tristeza en su rostro.

Inserté la memoria y abrí la carpeta en el compu. Había un solo archivo ejecutable.

— Es un programa.

Le di doble click y apareció una caja negra con un mensaje: “Conectando al servidor...”

Esperamos por un minuto entero en el que casi ni respiramos. La caja negra se hizo grande, de toda la pantalla y apareció un video con controles. Le di click al triángulo de Play pero un nuevo mensaje apareció en medio de la pantalla: “Confirmar Identidad” junto con dos botones, “Aceptar” y “Cancelar”.

Le di click en “Aceptar”.

Una voz robótica femenina habló por los audífonos:

“Diga su nombre completo en voz alta”.



Las 9 VIDAS de

Sofi me agarró fuerte del brazo. Yo respiré profundo.

— Santiago Andrés Cárdenas Merchen.

La aplicación hizo un sonido como de tren pasando por un túnel y la robot habló de nuevo:

“Identidad confirmada. Hola, Santi.”

— ¡Uuyy! —dijo Sofi.

El video comenzó inmediatamente. El fondo negro se fue iluminando y apareció un hombre con uniforme militar. Era el abuelo.



14

SANTIAGO

DETRÁS DEL ABUELO HABÍA UNA PARED GRANDE DE ladrillo y un par de lámparas en bases amarillas. Caminó hacia la cámara y sonrió mostrando sus dientes.

Hola, Santiago. Hola, Sofía.

Si están viendo este video es porque algo no muy bueno ha pasado y no estoy con ustedes para contarles la historia de nuestra familia.

Lo que les voy a decir ahora nunca lo han escuchado pues ni siquiera su madre lo sabe.

Tengo mucho que contarles pero es probable que estén en peligro o en necesidad de información secreta y no hay tiempo para alargarnos.

¿Por dónde empezar? Bueno, primero deben saber de sus orígenes. La familia Merchen viene de Polonia. Allá nació mi padre, su bisabuelo. Pero yo nací en Israel, apenas siete años después de que se formara como nación en 1948.



Las 9 VIDAS de

De hecho, este uniforme es de la Tzáhal o las Fuerzas de Defensa de Israel donde serví por cinco años. No lo vas a creer Santi, pero entré al ejército a tu edad, a los 12 años. No era lo normal, por supuesto, pero no eran tiempos normales. Cuando comenzó la Guerra de los 6 días en el 67, muchos niños fuimos llamados a ayudar en la Tzáhal, aunque no en el frente de batalla.

A los 12 años empecé a entrenar como soldado junto a mi padre, quien fue un héroe de la guerra. Él me enseñó a disparar, a combatir hombre a hombre y a sobrevivir en el desierto.

Fue una experiencia muy difícil para mí como niño, pero se lo agradezco. Me preparó para lo que vendría después.

Presten mucha atención, Santi y Sofi...

Esto es para sus oídos solamente, que nadie más lo sepa.

El abuelo se metió la mano derecha al bolsillo del pantalón y sacó algo de color dorado, pero su mano lo cubría parcialmente.

Les quiero mostrar un objeto muy especial. Es un reloj de bolsillo muy viejo. Lo llamamos el Reloj de Oppenheimer y es el honor de nuestra familia ser los guardianes del reloj.

Este reloj perteneció al gran científico Robert Oppen-



heimer, director del Proyecto Manhattan y líder del grupo de científicos que creó la bomba atómica en 1945. Mi abuelo paterno, David, fue parte de ese grupo.

— Sí, sí —dije—. Yo vi un documental sobre...

— ¡Shito! —dijo Sofi—. Deje escuchar el video.

Seguramente ya les habrán contado la historia en la escuela de la bombas que Estados Unidos lanzó sobre Hiroshima y Nagasaki en Japón para ponerle fin a la Segunda Guerra Mundial.

Esas bombas mataron unas 200.000 personas inocentes.

Ni Oppenheimer ni mi abuelo ni su equipo esperaban que el gobierno americano usara las bombas. Ellos creían que un arma tan poderosa se debería usar sólo como un disuasivo para asustar a los enemigos, nunca para destruir. Los científicos del Proyecto Manhattan sintieron un gran remordimiento por haber inventado la bomba nuclear.

Por eso Oppenheimer se reunió con el presidente Harry Truman en octubre de 1945, para convencerlo de que apoyara sus esfuerzos para controlar el uso de armas nucleares en el mundo. La reunión con el presidente que lanzó las bombas contra Japón no salió bien y a Oppenheimer lo echaron de la Casa Blanca.



Las 9 VIDAS de

Lo que Truman no sabía era que Oppenheimer y su equipo habían creado un arsenal de bombas hasta 100 veces más destructivas que las de Hiroshima y Nagasaki. Pero ese arsenal estaba escondido en un lugar seguro. Las coordenadas del lugar y los códigos para activar las bombas, estaban grabados en este reloj.

— ¡Increíble, Sofi!

— Ajá.

Oppenheimer estaba dispuesto a entregarle el reloj a Truman, pero después de hablar con el presidente, Oppenheimer supo que Truman las usaría para mal y no para bien.

Así que cuando salió de la Casa Blanca, Oppenheimer le entregó el reloj a mi abuelo y le encargó que lo cuidara de caer en malas manos.

Con los años, el reloj de Oppenheimer pasó a mi padre y luego a mí. Muchos grupos terroristas e incluso gobiernos lo arrebataron de mis manos por un tiempo, pero siempre logré recuperarlo.

Hasta hace unos meses, todo interés ajeno en el reloj parecía haber desaparecido y yo estaba listo para retirarme y pasarles el reloj a ustedes, ya sin peligro alguno.

Pero si están viendo este video, es muy probable que haya tenido que huir o que algo grave me haya pasado. No se



preocupen. Tengo un plan y confío en la capacidad de ustedes, mis nietos, para llevarlo a cabo.

Quise asegurarme de que nadie hackeara esta USB y accediera a la información que les voy a dar. Por eso, para acceder a los siguientes videos deben encontrar las contraseñas según las claves que les voy a dar.

La primera clave es esta: Del cuello del guerrero de las nueve vidas al cuello del león de las nueve vidas.



15

SOFÍA

SANTI TENÍA LA BOCA ABIERTA, A PUNTO DE barse, cuando terminó el video. Creo que se sentía flotando.

— Guauuuu — dijo—. El abuelo es más malo de lo que pensaba, pero de una manera chévere. Como de película. ¿Será todo eso cierto? Es que, es que...

— Pues, claro — dije—. ¿Por qué iba a mentir o a inventarse todo eso?

Ahora sabía que mis papis estaban realmente en peligro, pero también sabía que todo iba a estar bien, que el abuelo tenía un plan. Ver al abuelo en su uniforme de militar espantó todo el miedo que sentía desde la mañana y lo reemplazó con una valentía que nunca había sentido.

— Entonces sí es cierto... — dijo Santi—. Debemos descifrar la clave: Del cuello del guerrero de las nueve vidas al cuello del león de las nueve vidas. ¿Qué es un guerrero de nueve vidas? Voy a hacer una búsqueda...

Mi hermano se concentró en la pantalla y yo me distraje con la gente que entraba y salía del café. Una muchacha entró y se paró en la fila



mirando el menú en la pared. A su lado tenía un perrito adorable amarrado de un collar amarillo. El perro no se quedaba quieto sino que quería escaparse y explorar todo con su nariz. Me recordaba a mí gato, que no había manera de tenerlo quieto.

¡Mi gato!

— ¿Cómo dice la última parte de la clave?
— dije.

— El cuello del león de las nueve vidas.

— Chester. Es Chester.

— Chester no es ningún león.

— Es simbólico, Santi. ¿No te das cuenta?

En el antiguo Egipto se creía que los gatos tenían 9 vidas.

— No son 9, son 7 vidas.

— Son 9 vidas. Eso lo estudiamos en el colegio con el profe César.

— Te equivocas y te lo voy a demostrar. Vas a ver...

Yo sabía que tenía la razón pero Santi siempre quería ganar las discusiones.

— Esto dice míster Google : *“Para quienes somos de países latinos, el gato tiene 7 vidas. Pero en la cultura anglo y de otras partes de Europa, este animalito tiene 9 vidas, mientras que en las culturas arábigas se le atribuyen 6 vidas. Claro que los gatos tienen solo una vida (para suerte de los perros), sean de México, Inglaterra o Siria.”*



Las 9 VIDAS de

— Si ves, yo tenía la razón —dije.

— Yo también —dijo Santi y me sacó la lengua—. Además somos latinos.

— ¡Pero el abuelo no!

Santi me hizo mala cara y miró de nuevo el computador, cambiando la ventana al video del abuelo.

— El abuelo fue soldado —dije—, o sea...

— ¡Un guerrero! Claro—dijo Santi—. El collar de Chester tiene una placa de metal como de un militar.

— ¡Sí, sí! —dije. Me paré de mi silla y comencé a brincar de la felicidad.

Santi sonrió muy grande y comenzó a guardar todo en su morral.

— Vamos a ver a tu lindo gatito, Sofi.

— ¿Y cómo?

Sacó un billete de 20 mil pesos de su bolsillo y abrió una aplicación en su celular.

— Voy a pedir un Uber —dijo.

Lo único que yo traía era el celu de la abuelita y lo puse en un bolsillo externo del morral de Santi, pues no tenía dónde guardarlo en mi vestido.

— ¿Qué haces? —dijo Santi.

— Es el celular de la abuela. Se lo saqué del bolso para llamar a mi mami. Pero no contesta.

Santi miró al piso y no dijo nada. Luego miró su celular.



— Listo —dijo—. Llega en 6 minutos.

Salimos de Starbucks y nos dirigíamos hacia las escaleras que dan a la calle cuando una voz nos detuvo.

— ¡Niños! Esperen.



16

SANTIAGO

— ¿POR QUÉ ESTÁN SOLOS? ¿DÓNDE ESTÁ MARGARITA?

No podía creer nuestra mala suerte. José llegó desde atrás con paso rápido y se paró en medio de nosotros.

— Estaba en una reunión importante en una oficina aquí —dijo, señalando al edificio de vidrio—. ¿Qué hacían ustedes?

Era la primera vez que le ponía atención al novio de la abuela. Tenía como un acento extranjero. Definitivamente no era colombiano.

— Veníamos a comprarle algo a mi abuelita —dijo Sofi—. Pero no había. Ya vamos de regreso.

— Hum, pues, de hecho —dije haciéndole cara de que no a Sofi—. Tenemos que irnos a casa. Hay muchas cosas que hacer... y el gato está solo.

— Ah, sí —dijo Sofi—. Chester no tiene comida. Pobrecito.

— No se preocupen, niños —dijo José—. Yo en un rato los llevo a casa, pero vamos a ver a Margarita y a Alfredo. Tenemos que asegurarnos de que estén bien.



Puso sus manos en cada una de nuestras espaldas y nos empujó suavemente, guiándonos de regreso a la clínica.

Tenía que pensar en una forma de zafarnos e irnos a casa de una vez. Pero Sofi parecía contenta con la promesa de que José nos llevaría.

Mi teléfono vibró. Era una llamada de un número desconocido, probablemente el conductor de Uber. Oprimí el botón rojo y guardé mi celular. Era mejor no tener que darle explicaciones a nadie.

No había nada que hacer. Me tocaba pretender que todo era perfecto. Aceleré el paso para que no me empujara más y entramos a la clínica directo hacia el ascensor.

La puerta se abrió en el tercer piso y me dio un vacío en el estómago cuando vi a la abuela en el puesto de enfermería con dos enfermeras y un guardia de seguridad.

La abuela tenía lágrimas en toda la cara y una mano sobre el pecho, como en los funerales de telenovela.

— ¡Margarita! —dijo José—. ¿Qué pasa?

Abuela soltó un grito cuando nos vio llegar.

— Ay, Dios mío, niños, ¿dónde estaban? ¿Estaban contigo, José?

— No, los encontré en la calle del frente.

— ¿Cómo así? —dijo ella—. ¿Por qué?

— No había lo que queríamos en la cafetería de aquí —dijo Sofi—. Y fuimos al frente.



Las 9 VIDAS de

Yo miré a Sofi como diciéndole que nos íbamos a meter en más problemas de los que estábamos si no dejaba de inventar cuentos ya mismo y que era mejor que se quedara callada y se aguantara los regaños que igual eso pasaba en un rato y la abuela no era de tenerle miedo después de todo sino más bien suavcita, claro que sí podía poner cantaletas cuando se le discutía mucho. No sé si me entendió todo eso pero era la intención.

— Gracias a Dios están bien. Pero no me vuelvan a hacer esto. Estaba muy, muy preocupada cuando no los encontré en la cafetería. Y encima lo de Alfredo.

— ¿Qué pasó con el abuelo? —dijo Sofi.

— ¿Algo mal con la cirugía? —preguntó José.

Abuela miró a las enfermeras que seguían hablando con el guardia de seguridad y ahora con un policía que ni idea cuándo llegó.

— No sabemos dónde está Alfredo —dijo abuela como conteniendo el llanto—. Desapareció.

— ¡¿Qué?! —dije.

— ¿Cómo es posible? —dijo José.

— ¿El abuelo también? —dijo Sofi.

— Dicen que después de cirugía lo pasaron a una sala de recuperación y la enfermera lo dejó dormido en la camilla, pero cuando regresó él ya no estaba y la camilla tampoco.



— ¡No puede ser! —dijo José y se dirigió hacia el policía y el guarda.

— ¿Qué vamos a hacer abuelita? —dijo Sofi abrazándola y sollozando.

— No sé, mijita. No sé.

Por eso es que tenía el vacío en el estómago. Mis instintos de súper espía estaban en alerta máxima y sospechaban algo podrido en todo este asunto.

Miré la hora en mi celu: 3:10pm. El tiempo estaba pasando rápido. Chanfle. Teníamos hasta mañana a media noche para entregar un objeto a cambio de mis papás. Sospechaba que ese objeto era el reloj de open door o como sea que se llamara. El abuelo dijo que mucha gente lo quería robar. Quizás ya se lo habían robado.

José regresó y me sacó de mis pensamientos.

— Les convencí que nos mostraran el video de seguridad —dijo—. Así podremos descubrir algo tal vez.

La abuela miró a José con cara de eres mi superman y se secó las lágrimas.

Bajamos en el ascensor al primer piso y seguimos al guardia por varios pasillos hasta llegar a una sala pequeña donde había un guachimán mirando dos monitores.

— Yepes —dijo el guardia con el que veníamos al que estaba sentado en el cuartito—. Hay que mostrarle a estos señores —señaló al policía



Las 9 VIDAS de

y a José—, la grabación de la última hora de la sala de recuperación del quinto piso.

El guardia en el escritorio nos miró con sospecha, especialmente a Sofi y a mi, pero se encogió de hombros y asintió.

Ya había visto muchas cámaras de seguridad en películas, pero lo que tenían aquí era demasiado rudimentario en comparación a esas. El guardia encontró los archivos en su PC después de varios minutos de darle click a múltiples sub-niveles de carpetas.

Vimos a la enfermera empujar la camilla a la sala de recuperación (un lugarcito con cortinas deslizantes), arreglar la bolsita de agua que siempre le ponen a los enfermos y luego irse. Unos minutos después un hombre entró, chequeó al abuelo y sin perder tiempo se paró detrás de la camilla para empujarla hacia afuera.

— Detente ahí —dijo José.

El cuadro se detuvo y el rostro del hombre se vio claramente en la pantalla. Sofi dio dos pasos al frente y estiró el cuello para ver más de cerca.

— Ah —Sofi soltó un pequeño grito ahogado que al parecer sólo yo escuché.

Los adultos comenzaron a discutir entre sí.

— ¿Qué pasó? —le dije a Sofi al oído.

— Es el tipo que vi en la habitación —dijo Sofi—. El ladrón.



SOFÍA

VER AL LADRÓN, ESTA VEZ ROBÁNDOSE AL ABUELO, me causó un escalofrío en toda la espalda y que las piernas se me pusieran como gelatina.

¿Y si me secuestraba a mí?

Santi me haló al corredor. Los adultos no nos podían escuchar. Seguían mirando grabaciones de las cámaras de seguridad para ver por dónde se había escapado el ladrón.

— He estado pensando en todo lo que sabemos hasta ahora —dijo Santi en voz baja—. Y hay algo que no me cuadra. Primero pensé que el ladrón se llevó el reloj. ¿Pero por qué se llevó al abuelo si ya tiene el reloj?

Yo encogí mis hombros. No tenía idea alguna.

Miré hacia atrás y ví a abuelita salir al pasillo. Caminaba de un lado a otro con la mirada en el piso, moviendo los dedos de las manos muy rápido.

— Necesitamos más información —dijo Santi—. Hay que ir a la casa.

José salió al pasillo y tomó a abuelita de los hombros. Santi y yo nos callamos y nos quedamos atentos.



Las 9 VIDAS de

— ¿Cómo estás, Margarita?

Abuelita movió su cabeza varias veces como diciendo que no y sus manos le temblaban.

— Necesito un cigarrillo —dijo ella—. ¿Tienes uno?

— No, lo siento.

— Voy a comprar —dijo abuelita y caminó por el pasillo hacia la salida, agarrando fuerte el bolso rojo que tenía colgado en su hombro.

José se quedó viéndola hasta que se perdió de vista y luego vino hacia nosotros.

— ¿Cómo están, niños? Confundidos, pienso.

No respondimos nada, pero él siguió hablando.

— El hombre que se llevó a Alfredo escapó con él en una ambulancia. Ya se le informó a la policía y lo están buscando. ¿Ustedes saben quién es ese hombre? ¿Lo han visto alguna vez?

José me miró fijamente como quien sabe más de lo que dice.

Santi tenía la cara pálida y estaba sudando.

— Sí, lo vi antes aquí en el hospital —dije—. Pero no sé quién es.

— ¿Dónde lo viste, Sofía? —dijo José—. Cuálquier detalle es importante.

No sabía si confiar en él, si era seguro contarle la verdad. Parecía buena persona y hasta ahora había sido muy bueno con abuelita y nosotros.

Santi se veía tensionado y nervioso.



Esto era demasiado para nosotros solos y necesitábamos la ayuda de un adulto. Ya sabíamos que abuelita no serviría de ayuda. Quizás José sí. Tenía que decirle todo, incluso sobre el video del abuelo. Así la policía sabría qué estaba buscando el ladrón.

— Bueno, la verdad es que...

— La verdad es lo que ya dijo, Sofi —dijo Santi—. Simplemente lo vió por el hospital pero no más.

José frunció el ceño. No parecía convencido. Se agachó frente a mí y su rostro quedó a la altura del mío.

— Yo sé que no me conoces —dijo José con voz suave, tomando mi mano izquierda—. Pero sólo quiero ayudar. Puedes confiar en mí. Quiero mucho a Margarita y por eso también a su familia. A ustedes y a su abuelo. Pero para ayudarlos, necesito que confíen en mí.

Se sentía rico tener a alguien que se preocupara por mí. Extrañaba a mi mami muchísimo y quizás José nos podría ayudar a encontrarla.

— ¿Tienes algo que decirme, Sofía?



18

SANTIAGO

NO PODÍA CREER LO QUE ESTABA PASANDO FRENTE a mis ojos. Una peli de terror, de brujería, de hipnotismo. Este hombre estaba convenciendo a la inocente de mi hermana que confiara en él, en un extraño que apenas habíamos conocido esa mañana.

Todos los niños saben que no se puede confiar en los adultos. Siempre te prometen cosas que después no cumplen. Pero a Sofi no la habían traicionado aún y estaba a punto de soltarle nuestros secretos al Joselito ese.

— ¡Sofi! — dije, agarrando la mano que José le había tomado y casi arrastrándola a la fuerza—. Vamos a buscar a la abuela que sabes que se preocupa si no nos ve.

Ni siquiera miré a José. Sabía que Sofi odiaba que la agarrara de esta manera pero no tenía opción. Después de alejarnos un poco la solté antes que me mordiera.

— No le puedes decir nada — dije entre mis dientes—, camina rápido.

— Pero, Santi...

— Aquí no, afuera.



Marchamos de prisa por el camino que la abuela había tomado unos minutos antes, cruzamos un par de veces pasillos idénticos, siguiendo los avisos que decían SALIDA, hasta que llegamos a la entrada principal de la clínica. Justo detrás nuestro venía José. Al parecer no fuimos lo suficientemente rápidos para perderlo. La próxima debía encontrar un vehículo, como en *Rápidos y Furiosos*.

José caminó por nuestro lado y salió de la clínica. Nos detuvimos y miramos a través de las puertas de vidrio. Un par de metros afuera estaba la abuela con un cigarrillo entre los dedos, echando humo por la boca. José se paró frente a ella y algo le dijo. Ella asintió un par de veces. José dijo algo más, ella asintió de nuevo y él se fue.

— ¿Qué está pasando? — dijo Sofi.

— No sé.

— Tengo que ir al baño.

Sofi se fue y yo me quedé en medio de la recepción mirando a la abuela al otro lado de la puerta. Buscó algo en el bolso y sacó un teléfono al que miró con confusión. Lo guardó y se puso a buscar algo más. El teléfono me era muy familiar, pues tenía el mismo estuche de osito panda que tenía el celular de mi mamá.

¿Será que las dos usan el mismo forro para el teléfono? Imposible. Yo ya había usado el celular de la abuelita esa mañana. De hecho...

Me quité el morral de la espalda y revisé los



Las 9 VIDAS de

bolsillos de los lados. Ahí estaba. Todo esto era muy sospechoso.

Activé el celular, que no tenía contraseña y miré el registro de llamadas. Había un par de llamadas hechas a mamá.

¿Sería posible que...? ¿Pero cómo?

Sólo había una manera de saberlo. Presioné el número de mamá y me llevé el teléfono al oído, la mirada fija en la abuela quien estaba botando la colilla de su cigarrillo a la calle.

Esperé unos segundos y nada. Miré la pantalla:
Llamando...

Lo puse en mi oído de nuevo. Nada por tres, cuatro segundos. Luego escuché el sonido de que estaba timbrando. Una, dos veces y la abuela no se inmutaba. Me comencé a relajar.

Pero entonces la abuela abrió su bolso y sacó el celular con el forro de osito panda.

En mi oído el número seguía timbrando.

La abuela miraba la pantalla del celular en sus manos pero no hacía nada con él.

Yo sólo escuchaba el timbre en mi oído y no estaba seguro si afuera el celular en las manos de la abuela en realidad estaba timbrando o no. Todo podía ser una coincidencia.

Timbró tres veces más y estaba seguro que iría a buzón cuando la abuela presionó su pantalla y se llevó el celular a la cara.

— Aló —dijo la abuela en mi oído.



SOFÍA

ME SEQUÉ LAS MANOS Y REGRESÉ A DONDE mi hermano. Su cara parecía una versión colombiana del cuadro *El Grito de Munch*.

— ¿Viste un fantasma o qué? — dije.

— La abuela tiene el celular de mamá.

— ¿Qué? ¿Y cómo lo va a tener si..?

Santi me mostró el teléfono de abuelita que tenía en su mano derecha.

— Acabo de marcar al número de mamá y la abuela contestó.

— No te creo. Yo marqué hoy y nadie contestó.

— No te estoy mintiendo, Sofi. La vi y la escuché.

Sabía por su expresión que estaba diciendo la verdad. Además Santi era pésimo mentiroso. Ese era mi don y a él no le gustaban las mentiras.

El mundo se me volvió abstracto y un dolor de cabeza me atacó de sorpresa.

— ¿Qué significa eso, Santi? Estoy confundida.

— Significa que tengo la razón en que no podemos confiar en ningún adulto.



Las 9 VIDAS de

— Ay, tú sigues con ese cuento desde que el abuelo Ricardo te prometió llevarte a Disney y después canceló.

— No me importa Disney. Era Universal Studios donde quería ir.

— Supéralo ya.

— Sofi, reacciona. Todo el día la abuela nos ha dicho que había hablado con mamá, que le había enviado mensajes, pero resulta que ella tenía ambos teléfonos.

— ¿Y entonces qué vamos a hacer?

— Tenemos que huir.

— ¿Estás loco?

— ¡Tenemos que irnos ya!

Sentí que alguien muy alto se paró frente a nosotros.

— Ya nos vamos —dijo José.

— ¡¡Aaahhh!! — el grito de Santi fue tan fuerte que creo que todos los anestesiados en la clínica se despertaron en ese momento—. No me hablen de sorpresa que siempre me asustan.

— Lo siento, Santiago. No fue mi intención. Ya tengo el carro afuera y no puedo dejarlo ahí estacionado mucho tiempo. Vamos.

José me extendió la mano y sin pensarlo, más por instinto, la tomé. Caminé con él hacia la puerta y Santi abrió los ojos de nuevo como el cuadro de El Grito. Yo le sonreí, disculpándome. Ya no había forma de huir sin que se dieran cuenta.



Cruzamos las puertas de vidrio y José me abrió la puerta de atrás del carro y esperó a que me subiera. Abuelita estaba al frente muy callada, mirando su bolso.

Santi nada que salía de la clínica.

— ¿Dónde está tu hermano? —dijo José—. Creí que venía detrás de nosotros.

— Él es medio lento —dije—. Ya debe venir.

— Okay —me respondió José desde la silla del conductor y luego volteó hacia abuelita—. ¿Qué pasa, Margarita? Estás como en otro planeta, muy distraída.

— Ah, ¿qué? —dijo abuelita como si la hubieran despertado de un sueño profundo—. ¿Qué fue?

— Estás muy distraída, abuelita.

— Confundida —dijo—. No encuentro mi teléfono. ¿Sabes dónde lo dejé, mijita?

— Tú siempre lo guardas en tu bolso —dije—. ¿No está ahí?

— No, ya busqué.

— ¿No será que lo dejaste en la casa?

— Sí, de pronto. Soy muy olvidadiza.

— Lo que pasa es que tienes estrés por lo que está pasando —dijo José—. Pero todo se va a solucionar. Ya verán. Yo estuve en el ejército hace años y tengo contactos, gente que nos puede ayudar, muy buena. Mejor que la policía. Tengo el número de placa de la ambulancia. Seguro que



Las 9 VIDAS de

la encuentran fácil mis amigos y más pronto que la policía. Es seguro. No se preocupen.

— Dios quiera que así sea —dijo abuelita.

— ¿Será que algo le pasó a Santiago? —dijo José saliendo del carro.

Un policía se acercó a José y le empezó a hablar, diciéndole que se debía mover ya mismo. José trató de convencerlo que le diera unos minutos, pero el policía no quería.

Un sustico maluco me agarró del cuello pensando en mi hermano. Le quité el seguro a la puerta, me bajé del carro y entré a la clínica. En la recepción había la gente de siempre, unos sentados en una sala de espera, otros caminando hacia los ascensores y otros en sus puestos de trabajo. Pero Santi no estaba por ningún lado.

Conociéndolo bien sabía que no había ido al baño ni a comer algo. Se había escapado.

Un guardia de seguridad se me acercó.

— Niña, hola.

Yo lo miré con sorpresa.

— ¿Sí?

— ¿Usted es Sofía?

— Sí.

— Un niño Santiago le dejó esto.

El guardia me entregó el celular de abuelita y un papel doblado. Lo recibí y le di las gracias. ¿Qué será todo esto?

Miré hacia todos lados y no vi ni a José ni



a mi abuelita. Abrí el papel. Era un mensaje de Santi:

“No digas nada a nadie. Busca la siguiente clave y me llamas cuando la tengas. Nos vemos pronto.”



20

SANTIAGO

ESCAPÉ POR UNA SALIDA LATERAL DE LA CLÍNICA y me encontré en medio de un mar de gente y carros. Por la izquierda, la calle subía hacia la montaña y con sólo ver la loma me cansé. Además no tendría dónde llegar, pues eran sólo edificios y casas. A la derecha estaba la Avenida El Poblado y la abuela traicionera.

Crucé la calle y entre la gente llegué a la avenida, mirando hacia atrás que nadie me estuviera persiguiendo. Corrí lejos de la clínica, esquivando vendedores ambulantes y árboles. El aire se me acabó frente a unas torres blancas de vidrios azules. Era como un centro comercial, pero aún muy cerca de la clínica. Yo sabía que cerca debía estar el Centro Comercial Santa Fé. Así que caminé rápido, sin mirar atrás.

Después de unas cuadras me sentía más tranquilo. No me seguirían tan lejos.

Sólo esperaba que Sofi hubiera recibido mi mensaje.

Me imaginé un montón de escenarios en los que la abuela tuviera razones para engañarnos sobre el paradero de mi mamá:



Extraterrestres la abdujeron y le lavaron el cerebro y ahora robaba gente para experimentos intergalácticos. O trabajaba para la guerrilla y quería cobrar rescate por ellos. O quizás era una espía venezolana con intenciones de derrocar el gobierno colombiano. O tal vez sufría de amnesia e intercambió teléfonos con mi mamá y no se acordaba. O era parte de una secta religiosa que reclutaba familiares con engaños y luego los encerraban en una bodega vestidos con túnicas viejas.

El escenario que más me gustaba era el de los extraterrestres.

Cuando menos me di cuenta estaba frente al Santa Fé, mi lugar preferido en Medellín. Entré y subí por un ascensor hasta el cuarto piso. En la zona de comidas busqué una mesa en una esquina apartada de todo y me senté.

Miré mi celular como por cinco minutos, con la falsa esperanza de que Sofi me llamara con la pista del gato. Pero cuando la imaginé en la clínica leyendo mi nota, me di cuenta que en mi afán por escapar, no había tenido en cuenta un pequeño detalle. Y es que al descubrir que no estaba, no iban simplemente a decir “ah, bueno, el niño de 12 años se perdió y quién sabe dónde está pero vamos a la casa de una vez y espere-mos que nos llame o llegue solo.”

Obviamente no. La abuela se iba a desmayar, a Sofi la iban a interrogar, José las cámaras de



Las 9 VIDAS de

seguridad iba a mirar y en todo el hospital me iban a buscar. La pobre Sofi no iba poder llegar a casa por un largo rato.

¿Qué iba a hacer yo entonces? No podía ver el siguiente video sin la clave. Quizás si tomaba un Uber hasta la casa llegaría antes que ellos... pero no tenía llaves y una vez allá, fácilmente me encontrarían y caería en las garras de la abuela.

Desbloqueé mi celular y pasé las diferentes pantallas, viendo los iconos de las apps una y otra vez. Podría llamar a un compañero del colegio que viviera en el Poblado y pedirle posada. Samuel quizás. Pero no, él también vivía en Laureles como nosotros. Tal vez Simón. No, ni idea dónde vivía Simón. Seguramente Antonia sí vivía en el Poblado pero era una niña y me daba pena llamar a una niña.

Bloqueé de nuevo la pantalla y solté el celular sobre la mesa. Abrí mi morral para sacar el portátil y perder el tiempo en YouTube, pero lo primero que vi fue el diario del abuelo. No recordaba hasta ahora que lo tenía guardado. Si no tenía video, al menos tenía esto.

Lo puse sobre la mesa y lo abrí lentamente. Pasé un par de páginas hasta que llegué donde comenzaba la escritura a mano. La primera entrada decía:

“San Petersburgo, Febrero 5 de 1992.”



¿Dónde sería eso? ¿En México?

Para eso está míster Google. Presioné el botón del centro y dije: San Petersburgo.

En tres segundos, una voz femenina me contó que era una ciudad rusa situada sobre la desembocadura del río Neva en el golfo de Finlandia. Okay, suficiente información.

Pasé varias páginas y todas decían San Petersburgo pero con distintas fechas. Bueno, el abuelo vivió en Rusia en los 90s. Abrí al azar en la mitad del libro y leí la entrada:

“New Mexico, USA, Junio 27, 2000.”

En realidad no tenía ganas de leer todo lo que decía. Era algo personal para mamá, pero era interesante ver dónde había estado el abuelo. Al parecer pasó algunos años en Estados Unidos. Pero luego del 2002 empecé a ver diferentes lugares unos seguidos de otros: Afganistán, Iraq, Arabia Saudita, Líbano, Israel, Washington, Egipto...

Algo me llamó la atención al ver Egipto escrito en la hoja.

“Abril 8 de 2007, El Cairo, Egipto — Wadi el-Natrun”

¡Wadi el-Natrun! Ya había leído ese nombre. Busqué en mi celular el pantallazo con la



Las 9 VIDAS de

traducción de la nota del secuestro y ahí estaba la referencia a los guardas de Wadi el-Natrun. Eso sí lo tenía que leer.

Querida Yaz,

Mi última carta fue hace tres semanas pero es que han sido tres semanas de perros. Entré a Egipto a mediados de marzo para investigar una noticia sobre la Hermandad Musulmana pero las autoridades migratorias me trataron muy mal, ignoraron mis credenciales como periodista y me interrogaron cruelmente. Cuando se enteraron que era israelí, me acusaron de ser un espía y me encerraron en la cárcel. Sin juicio, sin ni siquiera la oportunidad de llamar al periódico en Washington. Estuve muchos días en aislamiento e interrogatorios cuyos detalles ni quiero recordar ni te los voy a describir aquí. Basta decir que ya ha pasado lo peor y ahora estoy en una prisión llamada Wadi el-Natrun con miles de presos.

Es un lugar deprimente y sucio, pero he aprendido a enfocarme en lo bueno. Estoy vivo, tengo lápiz y papel para escribirte y hasta hice un amigo. Sí, un amigo, imagínate. Es un joven israelí que también sirvió en el IDF y que fue capturado en combate. Se llama Youssef. Ya lleva unos cuantos años en Wadi el-Natrun y me está guiando en cuanto a las facciones y fronteras dentro de la prisión. Es como un guía muy útil en este lugar tan hostil. Quizás pueda yo enseñarle una o dos cosas que me ha enseñado

ALFRED MERCHEN



la vida. En los pocos días que nos conocemos, he aprendido a quererlo como a un hijo. De hecho le conté de ti y que te escribía a menudo. Él fue quien me consiguió lo que necesitaba para escribir.

Mi teléfono vibró. Por fin. Era Sofi.



SOFÍA

— ¡SOFI! ¿YA TIENES LA CLAVE? —DIJO MI HERMANO.

— No —dije con rabia—. Me dejaste sola.

— Perdóname, Sofi, pero no supe qué más hacer. ¿Dónde estás?

— En la clínica. Todo se volvió un caos cuando no apareciste. La abuela se desmayó. José te buscó por todos lados y puso a la gente de la clínica a buscarte.

— ¿Y descubrieron que te dejé el teléfono y la nota?

— No. La nota la boté a la basura. Estuve de buenas que José no le preguntó nada al guardia que me entregó el celular. Pero alguien más le dijo que te vieron salir de la clínica.

— Me imaginé que de alguna manera lo sabrían. Pero ya me inventé una coartada. Les puedo decir que vi al hombre que se robó al abuelo y me dio miedo y huí de él.

— ¿Tú vas a decir mentiras?

Hubo silencio por unos segundos.

— ¿Dónde estás? —dije.

— En el Santa Fé, en la zona de comidas.



— ¿En el Santa Fé? ¿Qué estás haciendo allá? ¿Y qué vas a hacer?

— No sé. No he decidido aún. Esperaba ir paso a paso. Y el paso siguiente era descifrar la clave.

— Yo no creo que salgamos de aquí rápido. Te están buscando por todas partes y muy pronto el guardia de la puerta va a decir que me dejaste algo con él y van a saber que yo soy tu cómplice.

— Hum...

— Vete a la casa y busca la pista. Yo los puedo detener aquí un par de horas más.

— ¿Y cómo voy a entrar si no tengo llaves?

— Por la ventana del cuarto de huéspedes. Por ahí se metieron los ladrones. Tiene que haber manera.

— Tienes razón, tienes razón. Muy bien, hermanita. Y yo que creí que no tenías alma de espía. Estás aprendiendo.

— ¿Entonces lo vas a hacer?

— Sí, voy a pedir un Uber y me voy para la casa. Tú invéntate algo para darme un par de horas más. Me llamas si hay algún problema. Y me avisas por texto cuando estén en camino a la casa para escaparme.

— Listo.

— Listo. Gracias, Sofi. Somos un buen equipo.

Colgué la llamada y la culpa me abrazó muy fuerte.



Las 9 VIDAS de

— Bien hecho, Sofía —dijo José, quien había estado a mi lado escuchando toda la conversación en alta voz—. Hiciste lo correcto. Es hora de irnos a casa.

José se puso de pie y caminó hacia la salida. Yo seguí sentada en la sala de espera, la tristeza invadiéndome. Cuando comencé la llamada estaba convencida de que estaba haciendo lo correcto, cuidando a mi hermano de hacer cosas locas. Pero después de escucharlo, sentí que lo estaba traicionando.

Le menté a Santi. La verdad es que la primera persona con la que habló José fue el guardia que me entregó el teléfono y sin vacilar le dijo lo que pasó.

Quería confiar en José. Ya que el abuelo no estaba, necesitaba a alguien en quien apoyarme. Alguien que me cuidara.

Por eso le conté todo a José. Absolutamente todo.



22

SANTIAGO

EL UBER YA ESTABA ESTACIONADO FRENTE AL CENTRO comercial cuando lo pedí, así que corrí como Usain Bolt por las escaleras cuatro pisos hacia abajo. Tenía que darme prisa y ganar todo el tiempo que pudiera.

Era un Chevrolet Spark negro. Me subí al asiento del copiloto y el conductor se quedó mirándome raro, quizás tratando de decidir si era un enano o un adulto que no aparentaba sus años.

— ¿Don Santiago? —dijo el conductor.

— Sí, señor.

— ¿Viaja solo?

— Si quieres saber si vienen adultos conmigo, no. Voy para mi casa. Y tengo mucho afán, por favor.

El tipo hizo cara de no sé qué hacer, de que me iba a dejar tirado, pero yo me hice el bobo y saqué el billete de veinte mil de mi bolsillo, como si estuviera buscando algo más y de reojo vi que su expresión mejoró.

— ¿Cuál es el camino más rápido a Laureles? —dije.



Las 9 VIDAS de

— Por la regional. Y por aquí salimos de una. Por la Avenida El Poblado no llegaríamos nunca. De buenas usted que estaba parqueado a este lado.

— Perfecto.

La clínica estaba en la Avenida El Poblado, o sea que ellos se iban a demorar mucho rato. Me puse el cinturón, bajé la ventana y comencé a tararear la canción en la radio. No me sabía la letra, pero me sentía energizado y con certeza de que en equipo con Sofi, íbamos a resolver el caso del reloj robado y rescatar a nuestros papás y al abuelo.

Alcancé a tararear unas cinco o seis canciones para cuando llegamos a la casa. Pagué y me bajé del carro. En la autopista me imaginé que venía en un Ferrari, pero ver el Spark por fuera me bajó de nuevo a la realidad. Ahora tenía que subirme al segundo piso por alguna parte y no tenía idea cómo.

Había un corredor estrecho entre nuestra casa y la de los vecinos, pero eran paredes lisas sin nada de dónde agarrarse. Revisé en mi IMDB mental qué había visto en películas sobre subir paredes y pensé en *Assassins Creed*. Las subían estilo parkour.

Puse el morral en el piso, mi espalda contra una pared y un pie contra la otra. Tuve que estirar el pie para tocar la pared de los vecinos con



la punta del zapato. ¿Por qué tenía que ser tan bajito? Esto sería posible si midiera unos diez centímetros más.

Intenté levantarme del piso pero el pie se resbaló inmediatamente. Lo intenté tres veces más pero no alcanzaba a subir ni forro y ya estaba sudando.

— ¡Aaagh!

¡Qué frustración! Ya había perdido 15 minutos. A este paso iba a desperdiciar toda la ventaja que gané en el Uber.

Fui a la puerta y moví la chapa. No abrió, por supuesto. La ventana del primer piso estaba medio abierta pero tenía una reja y no había manera de entrar. Caminé alrededor de la casa un par de veces, con la absurda esperanza de encontrar un portal secreto o una entrada milagrosa. Pero nada.

Regresé al frente y metí mi rostro entre la reja. Mi cabeza no cabía del todo pero lograba pasar hasta antes de las orejas.

— ¡Chester! Ven aquí, gatito.

Obviamente nada. Sofi nunca entrenó al gato ni para comer.

— ¡Chester, hola! Te necesito, por favor.

Grité por unos tres minutos y de pronto vi sus patas peludas aparecer por las escaleras. Luego se paró en el corredor en todo su esplendor.

— Chester, ven acá. ¡Ven!



Las 9 VIDAS de

Me miró por medio segundo y me volteó la cola, dirigiéndose a la cocina.

— ¡Aaagh!

Me senté en la acera con ganas de llorar. El abuelo debió regalarnos un perro más bien. Los gatos son unos...

En ese momento recordé que Chester se sentó en las piernas del abuelo cuando estábamos viendo tele. Como si lo atrajera. Saqué mi portátil y la USB y busqué el primer video del abuelo. Le subí todo el volumen y me acerqué de nuevo a la ventana.

— Chester, escucha a tu amo.

La voz del abuelo Alfredo hizo eco en la sala y en un par de segundos, Chester apareció en el corredor. Se fue acercando pasito a pasito y con curiosidad se subió a la ventana. Yo sé que el refrán dice que la curiosidad mató al gato, pero en esta ocasión me salvó a mí. Sostuve el computador con una mano y con la otra agarré a Chester que estaba a punto de poner sus patas en la pantalla.

— ¡Te tengo!

El sonido de un carro me hizo saltar. Era un carro desconocido pasando por la calle. Sin embargo, en la esquina, pude ver el carro azul de José dando la vuelta en mi dirección. Puse a Chester debajo de un brazo, el portátil debajo del otro y arrastré el morral con mis pies hasta el corredor donde mi carrera de parkour se frustró.



— Miauuuu...

— ¡Cállate, Chester! No hagas ruido.

Me asomé, aguantando la respiración y tapándole la boca a Chester.

José parqueó el auto a media cuadra de la casa, no al frente. Muy extraño.

La abuela y José se bajaron de una pero Sofía no. Cuando estaban ya casi en la puerta de la casa, caminé hacia atrás unos pasos y esperé.

Mil pensamientos me cruzaron la mente. ¿Por qué Sofi no me llamó para avisarme que venían en camino? ¿Y por qué llegaron sólo veinte minutos después de mí? ¿Será que no los pudo detener? ¿Se dieron por vencidos tan rápido en encontrarme?

Escuché el sonido de unas llaves y la puerta de la casa abrirse.

— Santi, mijito, ¿estás aquí?

Luego su voz se hizo más lejana, difícil de escuchar. Ya debía estar adentro. Me volví a asomar cuidadosamente y vi a Sofi caminar hacia la casa a paso de tortuga, mirando la acera sucia.

Di un paso al frente para que me viera pero en ese momento José salió y me escondí de nuevo.

— Sofía, ¿qué pasa? —dijo José—. Vamos adentro que tu hermano no ha llegado y no queremos que nos vea aquí. Es una sorpresa.

¿Una sorpresa? ¿Qué quiere decir con todo eso?

Me asomé otra vez. José estaba guiando a



Las 9 VIDAS de

Sofía hacia la entrada. Ella parecía un zombie que no hablaba. Demasiado raro.

— No te sientas mal por haberle mentido a tu hermano —dijo José—. Todo esto es por el bien de la familia.

¿Cómo así que Sofi me mintió?

Recordé el momento en la clínica en que Sofi estuvo a punto de decirle la verdad a José y tuve que intervenir. Luego recordé su vocecita diciéndome que confiara en los adultos. La ira me llenó el pecho y apreté mis puños. Chester soltó un chillido y trató de zafarse.

— Lo siento, Chester — le susurré y lo consentí—. Lo siento mucho.

Puse mi computador en el suelo y abracé a Chester para examinar su collar. La placa militar colgaba del collar cubierta de un forro de cuero a su alrededor. En un lado decía CHESTER y en el otro había un número en relieve: 0605101967.

Esa debía ser la clave. Arranqué la placa del collar y la guardé en mi bolsillo.

— Gracias, Chester. Has sido muy buen gatito. ¿Puedes creer que tanto la abuela como mi hermana son unas traicioneras? No confíes en ellas, ¿entiendes?

Solté al gato y guardé mis cosas en el morral. Le dí la vuelta a la casa de los vecinos por detrás y me alejé de mi hogar. Quizás para siempre.



SOFÍA

LLEGUÉ Y ME SENTÉ EN EL SOFÁ DE la sala. Ni siquiera tenía ganas de subir a mi habitación. Y aunque José era muy querido conmigo, me sentía terrible por haberle mentido a Santi.

En el camino de vuelta no pude dejar de pensar en él y en cómo se enojará cuando sepa lo que le hice.

— Aquí tienes un rico jugo, Sofía —dijo José poniendo un vaso en la mesa de centro.

— Gracias —dije entre los dientes y sin levantar la mirada de mis manos.

Sentí la presencia de abuelita cerca.

— ¿Por qué no habrá llegado Santi? Me dijiste que hablaron con él después del susto que le pegó el ladrón. Y que venía para acá. ¿Le habrá pasado algo?

— Ya casi llega —dijo José—. Debe ser el tráfico terrible de Medellín.

José era tan buen mentiroso como yo. En la clínica le contó a abuelita la coartada que Santi se inventó y le dijo que el guardia había encontrado su teléfono. No mencionó nada de la nota ni de su plan para que Santi volviera a casa. Eso



Las 9 VIDAS de

se lo agradezco, porque me hubiera metido en problemas con abuelita. Lo malo es que tuve que entregarle el celular y ya no tenía cómo llamar a mi hermano.

Abuelita sonaba preocupada y se fue a la cocina por una aromática. José la acompañó y yo me quedé sola. Algo extraño sucedió entonces. Chester entró a la casa por la ventana que da a la calle. Nunca lo había visto hacer eso.

— Hola, Chester. ¿Qué hacías afuera?

El gato se sentó en el otro sofá y no donde yo estaba. A veces era un poco esquivo, pero aún así lo quería mucho. Había algo raro en él.

— ¿Qué tienes de distinto, Chester?

Me paré de mi lugar y fui a sentarme a su lado. Supuestamente tenía que mirar su collar pero ni ganas tenía de eso.

— Veamos de todas formas, gatito —dije poniendo a Chester en mis piernas—. ¡Oh! ¿Dónde está el cosito del collar? ¿Lo perdiste? ¿O será que...?

Sentí susto y felicidad a la vez. Santi ya estuvo aquí. O quizás aún estaba. Corrí al segundo piso y busqué en cada habitación y escondite que le conocía. Miré en el cuarto de huéspedes y vi que la ventana estaba cerrada con seguro. Claro, después del robo esa ventana se selló desde adentro. O sea que no pudo haber entrado por ahí.

Pero era obvio que había venido a la casa



porque se llevó el cosito del collar de Chester. A eso venía exactamente.

Bajé las escaleras y miré de nuevo el collar. Si no supiera que antes tenía pegado el cosito de metal, no sabría que existía. Lo arrancó tan bien que no dejó rastro.

— Sofía.

La voz de José me hizo brincar del susto. Ya me estaba pareciendo a mi hermano.

José era un tipo muy alto y de espalda ancha, con una barba negra abundante, vestido de saco y corbata. Pero ahí parado al lado del sofá se veía más como un actor de cine que como un hombre de negocios con una abuelita de novia. Se sentó a mi lado y acarició a Chester.

— Bueno, ¿ya buscaste la clave que me dijiste que tenía tu gato?

— Pues la verdad no veo nada. Mira, el collar es una cuerquita alrededor de su cuello y ya. Tal vez la interpretamos mal y lo que dijo mi abuelo significa otra cosa.

Tragué saliva y me quedé mirando a Chester para no revelar que estaba ocultando algo. Sabía que si lo miraba a los ojos, José se daría cuenta que no le estaba diciendo la verdad.

— ¿Me permites ver? —dijo José poniendo sus manos sobre Chester.

Yo asentí y José lo levantó.

— ¡Miauuuu!



Las 9 VIDAS de

Chester se quejó y trató de escapar, pero José lo agarró fuerte y lo llevó hacia él. Chester comenzó a contorsionarse y arañar el pantalón de José de una manera que nunca lo había visto. Pero José no se asustó sino que después de unos segundos lo soltó y Chester desapareció por las escaleras.

Cuando volví mi mirada a José vi que tenía el collar en sus manos.

— ¡Uy! ¿Cómo se lo quitaste? — dije.

— Soy un mago — dijo José con una sonrisa.

Yo lo miré con cara de no entiendo eso qué tiene que ver.

— Soy ágil con mis manos, por eso digo que soy mago. Puedo hacer trucos y mover mis dedos muy rápido.

— Guauu. Sorprendente.

Me caía bien este José.

Se acercó el collar a su cara y lo examinó por ambos lados, dándole la vuelta para no perderse nada.

— Qué triste... — dijo José.

— ¿Por qué triste?

— Porque tu hermano ya estuvo aquí y no me lo quisiste decir.



SANTIAGO

LLEGUÉ AL PARQUE PATEANDO PIEDRAS. ME SENTÉ EN una banca, acalorado y con ganas de romper algo.

Una señora se acercó y me puso en frente una cajita de plástico llena de chicles.

— No, gracias —dije.

— Cualquier cosita con lo que me pueda colaborar, chico.

Sacudí mi cabeza y miré hacia otro lado. Pero no se iba.

— Una monedita que le sobre, mi amor.

Tenía la tenacidad del Capitán América cuando peleaba: se podía quedar todo el día en esas.

— Bueno —dije.

Le di un par de monedas de cien y tomé una cajita verde con dos chicles cuadrados. La señora ya estaba ofreciendo sus cajitas al otro lado del parque cuando levanté la vista. Qué talento.

Me metí ambos chicles a la boca y los mastiqué con fuerza, descargando mi frustración con mi familia. Pero luego me agarró la tristeza pensando en mi papi y mi mamá. Había tratado de no pensar en ellos en toda la tarde, pero



Las 9 VIDAS de

ahora que empezaba a anochecer, me hacían mucha falta.

Tenía que encontrar un lugar a donde ir. El estómago ya aullaba de hambre, como lobo en una caverna. Lo único que se me ocurrió fue ir donde Samuel, mi amigo del cole, que vivía por la Avenida Nutibara.

Caminé en esa dirección a paso rápido, no queriendo que llegara la noche y yo en la calle.

Me demoré unos veinte minutos en llegar al edificio donde vivía Samuel. Presioné el botón del 301 y esperé.

— A la orden —salió la voz de una mujer del altavoz.

— Eh, hola. ¿Samuel está? Soy Santiago, un amigo de él.

— Sí, Santi, sigue.

La puerta hizo bzzzzz y la empujé hacia adentro. Cuando llegué al tercer piso, Samuel estaba en la puerta con sus gafas de siempre y su pelo despeinado.

— ¿Y eso? —me dijo al verme.

No nos veíamos desde que salimos a vacaciones. Me encogí de hombros y fingí una sonrisa.

— ¿Bien o bien? —dije.

— Bien, ¿y vos?

— Ah bien... este, traje algo para mostrarte.

— ¿Un video juego?

— Algo así.



— Ah, listo, vení entrá.

Lo seguí por el apartamento y el glorioso olor a comida en la cocina activó mis jugos gástricos.

— Ya casi va a estar la comida —dijo la mamá de Samuel—. ¿Santiago, ya comió?

— No señora —dije.

— Ah, no hay problema, eso donde comen tres, comen cuatro, ¿cierto?

— Sí, señora.

— Vamos a jugar mientras tanto —le dijo Samuel a su mamá.

Entramos a su cuarto. Tenía una biblioteca llena de libros, comics y enciclopedias. A Samuel le gustaba leer tanto como a mí me gustaba ver pelis.

— ¿Qué juego trajiste?

— No es un juego, es algo real.

— ¿Cómo así?

Le conté los eventos de los últimos dos días y solamente me interrumpió 700 veces. Pero terminé la historia justo antes de que nos llamaran a cenar. Samuel quería seguir hablando pero le dije que no diría nada más hasta comer algo. Mi estómago había entrado en huelga.

Samuel comió rápido y sin decir nada. Podía ver su mente maquinando cosas. El alma me volvió al cuerpo después de probar la arepa con pollo desmechado y el guacamole que nos dieron. Qué delicia.



Las 9 VIDAS de

Aunque yo no había terminado, Samuel se puso de pie y me hizo señas de que nos fuéramos a su cuarto. Traté de ignorarlo para alcanzar a terminar mi arepa, pero se paró a mi lado.

— Vamos, vamos.

— Déjalo, comer, Samu —dijo la mamá.

Me embuté el último pedazo.

— Muchas gracias —dije con la boca llena.

Caminamos de prisa y Samuel cerró la puerta apenas entramos. Se enderezó las gafas y me miró seriamente. Yo me senté en su cama.

— Estuve pensando —dijo—. Esto es como una novela de misterio. Tenemos que escribir todas las pistas que tenemos en un tablero.

Efectivamente, Samuel tenía un tablero en su cuarto, no sé para qué. Tomó un marcador negro e hizo una lista muy detallada de las claves que teníamos. Fue una cosa sorprendente.

— ¿Cómo hiciste para acordarte de todo eso? —dije.

— Tengo memoria fotográfica.

— Guau. Debe ser muy útil.

— Ajá.

— ¿O sea que me vas a ayudar?

— ¡Pues claro! Esta aventura está de rechupete. Aunque sí me asusta lo de tus papás.

— ¿Y qué piensas de lo que supe de mi abuela y mi hermana?

— No sé. Es extraño lo de tu abuela. Tu her-



manita es una niña y se deja convencer fácil. No se la montes.

— ¿Y del tal José?

— Pues que debe estar muy enamorado de tu abuela para ponerse en todas esas. Porque un man cualquiera ya la hubiera dejado tirada después de tanto problema.

Era un buen punto. En realidad José mostraba mucho interés en ayudar y eso no lo hacía cualquiera.

— No sé —dije—. Tendría que hacer algo muy espectacular para ganarse mi confianza.

Nos quedamos callados por un minuto. Samuel rompió el silencio.

— ¿Y ahora qué hacemos?

— Veamos el segundo video —dije, poniéndome de pie y alcanzando mi morral.



25

SANTIAGO

EL ABUELO SEGUÍA CON SU UNIFORME MILITAR, PERO ahora estaba sentado frente a una mesa o escritorio con un globo terráqueo de esos que dan vueltas.

Felicitaciones, equipo. Encontraron la primera clave. 0605101967 es una fecha: junio 5 al 10 de 1967, cuando se peleó la Guerra de los Seis Días entre Israel y los países árabes, Egipto, Siria y Jordania.

Esto lo dijo señalando los países en el mapamundi.

No sé si les interese la historia mundial, pero algún día me gustaría sentarme con ustedes y contarles muchas cosas que he visto pasar en el mundo en varias décadas.

Por ahora, sólo les contaré brevemente que en esa época, a finales de los sesenta, el presidente egipcio quiso invadir Israel. Primero, porque los árabes pensaban que Israel no debía existir como nación y segundo, porque los rusos les dieron información falsa de que Israel preparaba un ataque contra Jordania y Egipto.



Pero pasó algo que los egipcios no esperaban. Cuando el ejército egipcio se preparaba para atacar, la fuerza aérea de Israel los atacó de sorpresa y en tres horas arrasó con el 90% de los aviones egipcios sin que hubieran despegado. Siria y Jordania atacaron a Israel pero los derrotamos a ambos.

La guerra duró sólo seis días y fue una gran victoria para Israel y una humillación para los árabes.

El abuelo soltó el globo terráqueo y acercó su cara a la cámara. Podía sentir como si estuviera ahí en vivo, hablándome cara a cara.

Yo tenía 12 años de edad, pero mi niñez se esfumó con los disparos de los fusiles y los tanques de guerra. Tuve que convertirme en hombre de la noche a la mañana.

Mi padre era miembro de un grupo élite del ejército que tenía misiones especiales para la defensa de Israel. Él fue uno de los creadores de los campamentos de entrenamiento para adolescentes que preparaban a los jóvenes física y mentalmente para los años de servicio militar obligatorio y para estar en el frente de batalla.

Aunque los chicos en los campamentos eran mayores de 16 años, yo participaba con ellos cada año en entrenamientos físicos y manejo de armas. Ya a los 13 años sabía disparar una AK-47.



Las 9 VIDAS de

— ¡Qué cool! —dijo Samuel—. Yo quiero aprender a disparar una de esas.

— ¡Yo también! —dije.

Habiendo crecido como un judío durante la Segunda Guerra Mundial, mi padre estaba obsesionado, como muchos en nuestro país, con la seguridad de Israel.

Probablemente no lo saben, pues es algo que no enseñan en las escuelas en Colombia, pero Israel es hoy en día un paraíso de emprendimientos de tecnología. Pero así como los israelíes somos tan buenos para crear desarrollos tecnológicos, somos muy tercos para resolver conflictos políticos, sobre todo en lo que tiene que ver con el conflicto con los palestinos.

Se alejó de la cámara y volvió a tomar el mapa redondito. Buscó la ubicación de Israel y puso su índice izquierdo sobre el mapa.

Desde 1948 hasta ahora, ha habido una disputa sin fin por unos pedazos de tierra entre los israelíes y los palestinos.

Los israelíes le tienen miedo a los palestinos, pues muchos de ellos han sido criados para odiar y destruir a Israel. Mientras que los palestinos se sienten humillados por Israel, por las disputas de la tierra donde viven y la violación de sus derechos como ciudadanos.



Los palestinos quieren tener su propio país, independiente de Israel, pero eso no se ha podido lograr en estos 50 años.

Con nuestro miedo a los palestinos y nuestra obsesión por la seguridad, todas nuestras propuestas para aceptar un estado palestino incluyen presencia de soldados israelíes en Palestina, que los palestinos no tengan armas ni ejército y que hayan retenes militares en todo el territorio. Eso, por supuesto, es inaceptable para ellos, pues lo ven como una humillación.

Todo esto se complica más cuando le metes las creencias religiosas de cada bando y los intereses políticos de otros países en ese conflicto, como Estados Unidos.

Seguramente se están preguntando por qué les estoy contando todo esto y aburriéndolos con historia y política.

Yo asentí pero Samuel no.

— A mí no me aburre —dijo como si mi abuelo estuviera ahí.

Lo hago porque es una lección de vida que les quiero dejar como guardianes del tesoro familiar.

El reloj de Oppenheimer, como todos los relojes, marca el tiempo. Pero a diferencia de todos los demás relojes, este carga la clave para acceder a armas de destrucción masiva. Muchos buscan el reloj para encontrar y usar esas armas



Las 9 VIDAS de

para destruir a quienes consideran sus enemigos. Pero nuestra familia ha guardado el reloj para evitar esa destrucción.

Cuando yo aprendí esto de mi padre, le hice una pregunta obvia que quizás ustedes se están haciendo ahora mismo. ¿No sería más fácil destruir el reloj de una vez y acabar así con el peligro?

“Ah, pero es que el reloj es mucho más que una guía a un arsenal nuclear,” me dijo él. “El reloj mismo es la llave a una tecnología con un potencial increíble de transformar el mundo.”

Tecnología extraterrestre, se me ocurrió a mí. O algo de medicina bien avanzada.

Mi abuelo pensó en destruir el reloj unos años después de haberlo recibido, pero descubrió un secreto que lo hizo cambiar de opinión.

Y la enseñanza es esta: Podemos usar nuestro tiempo para pelear o destruir a aquellos que piensan diferente a nosotros. O lo podemos usar para crear algo nuevo y maravilloso que traiga vida y prosperidad.

Si desean saber cuál es el secreto que descubrió su tatarabuelo, deben encontrar las claves de los siguientes videos. La clave que sigue es: Patrón 21 del juego del descifrador de criptogramas germánicos.



SOFÍA

¿CÓMO SUPO QUE SANTI ESTUVO EN LA CASA? ¿Y ahora qué iba a hacer?

— Te sientes culpable —dijo José—. Entiendo.

Me miró fijamente a los ojos y no pude sostener su mirada.

— Tranquila, Sofía. No espero que seamos los mejores amigos tan pronto. Apenas nos conocemos. Sólo quiero que sepas que mi intención es ayudarlos. Nada más. ¿Entiendes?

Asentí, pero tenía pena con él. Creo que me sonrojé.

— Mira el collar del gato —me dijo entregándome la cinta y poniéndose de pie.

— ¿Cómo supiste que...?

— ¿Que Santiago nos ganó y llegó primero?

— Ajá.

— ¿Tú lo viste?

— No.

— Bueno, yo tampoco. ¿Pero viste algo en el collar del gato que te hizo pensar que sí estuvo aquí?

— Pues, sí, le falta algo al collar. Un cosito que tenía pegado.



Las 9 VIDAS de

— Muy bien. Eso se llama... —se quedó pensando en la palabra—. En inglés es *intuition*...

— ¿Intuición?

— Muy bien, eso es. Observa bien el collar. Tiene un rasguño y un arito de metal doblado, como si le hubieran arrancado algo. Yo nunca había visto al gato. No sabía si lo que habían arrancado era de hoy o de hace tiempo. Pero tú lo confirmaste.

No sabía por qué me estaba diciendo todo eso y me asustaba un poco.

— ¿Tienes hambre? —dijo.

— Hum, creo que sí.

— Margarita está preparando algo, no te preocupes.

Ay, no. La comida de abuelita apesta.

— Extraño a mi mami —susurré.

— Todo va a salir bien, Sofía —dijo José.

Se sentó otra vez a mi lado.

— ¿Cómo sabes? ¿Intuición?

José sonrió y en ese momento llegó abuelita con una cuchara de palo en la mano izquierda y un celular que timbraba en la derecha.

— José querido, te llaman.

— Gracias, Margarita —dijo José tomando el teléfono.

Miró el identificador de llamadas e hizo una cara de felicidad.

— ¡Es mi amigo del ejército!



Presionó un par de botones y habló sin llevarse el teléfono al oído.

— Hola, Luis —dijo José—. ¿Me tienes buenas noticias?

— José, qué bueno que lo encuentro, le tengo noticias —dijo una voz gruesa por el altavoz, hablando muy rápido—. Localizamos la ambulancia robada frente a una bodega en el barrio Colombia. Mis hombres y yo tenemos rodeado el perímetro y tenemos todo en observación. Le voy a enviar la ubicación para que venga y reciba al familiar si es que está ahí.

— Claro, claro.

— Ay, Dios mío —dijo abuelita.

— Usted sabe que esto no es una operación oficial —dijo la voz en el teléfono—. Es un favor para usted. Así que si rescatamos a alguien, se lo tiene que llevar. No podemos hacernos responsables de nada. Igual lo esperamos.

— Gracias, teniente. Allá estaremos.

La llamada se cortó.

— Bendito sea Dios —abuelita se llevó las manos a la cara.

— Ves, Sofía —dijo José—. Te dije que todo iba a salir bien. Vamos, rápido.

— ¿Vamos? —dijo abuelita con voz temblorosa—. ¿No será peligroso?

— Yo voy —dijo y me puse de pie.

— No, qué susto. ¿Cómo se le ocurre mijita?



Las 9 VIDAS de

¿Qué tal que se pongan a echar bala?

José me extendió la mano y me sonrió.

— ¿Vamos a ver a tu abuelo?

El corazón se me infló de emoción.

— ¡Síiiii!

— Pero, pero, pero...

— No te preocupes, Margarita. Yo la cuido.

Tomé la mano de José y juntos caminamos hacia la calle.

— Sofía, ni se le ocurra —gritó abuelita detrás de mí.

Pero no volteé a mirarla. Simplemente me fui con José.



SANTIAGO

— ¿PATRÓN 21? —DIJO SAMUEL.

— ¿Descifrador de criptogramas germánicos? —dije.

— Me suena, me suena mucho.

La puerta de la habitación se abrió un poquito y apareció la cabeza de la mamá de Samuel.

— Hola, chicos. Ya se está haciendo tarde. Santi, ¿te van a recoger?

— Hum... no, señora. Mis papás no están. Mi abuela vino a cuidarnos pero no tiene carro.

Abrió la puerta del todo y entró.

— Pues entonces yo te llevo porque no quiero que andes solo por ahí de noche.

— Mami —dijo Samuel—. ¿Santi se puede quedar a amanecer? ¡Porfis, porfis!

Miré a Samuel como diciendo qué buena idea, ahora sí eres mi mejor amigo y nunca lo olvidaré porque lo último que quiero hacer es ir a mi casa.

— Pues si le dan permiso no hay problema.

— Sí, sí le dan permiso —dijo Samuel—. ¿Cierto, Santi?

Me puse rojo. No era capaz de mentir.



Las 9 VIDAS de

— Yo creo que sí. Como dije, mis papás no están y la abuela es muy chévere.

Esa fue una medio mentira. Dios me perdone. Qué mal espía sería.

— Bueno, la llamas y le preguntas —dijo ella y se marchó.

— No traje nada —dije.

— Yo te presto, no te preocupes —dijo Samuel y se sentó en una silla frente a su computador—. Ahora lo importante es entender la nueva clave.

— ¿Por dónde empezamos?

— Buscando en internet.

— No es tan fácil.

— Veamos —dijo Samuel escribiendo en el teclado—. Descifrador de criptogramas germánicos. Y enter.

Me senté a su lado, al pie de la cama.

— Puros resultados sobre criptografía —dijo Samuel, decepcionado.

— Ves, te dije que no era tan fácil. ¿Qué significa germánicos?

— Pues me imagino que tiene que ver con Alemania, que se dice Germany en inglés.

— Criptogramas alemanes.... ¿Y si buscas eso?

Samuel escribió criptogramas alemanes en Google y le dio enter.

El primer resultado era un título que decía: “Códigos secretos en la primera guerra mundial”.



— Dale click al primero —dije.

Era un artículo del 2015. Samuel comenzó a leer:

“El pasado 1 de enero, justo el primer día de este nuevo año 2015, se estrenó la película The Imitation Game (en castellano, “Descifrando enigma”), sobre la vida del matemático Alan Turing, que consiguió romper el código de la enrevesada máquina Enigma, que utilizaron los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial para encriptar mensajes.”

— Claro, yo me vi esa película —dije.

— Pues lo raro sería que no te la hubieras visto —dijo Samuel—. ¿Qué película NOOO te has visto?

— Turing es el descifrador de criptogramas alemanes. Por él fue que derrotaron a los nazis.

— ¡Súper!

Samuel levantó la mano y chocamos las cinco. Nos quedamos callados un rato, contentos por el descubrimiento.

— ¿Y entonces? —dijo Samuel al fin—. ¿Hay que encontrar a este señor Turing? Seguro ya se murió.

— Se supone que el abuelo nos dejó pistas que sólo nosotros podríamos encontrar. El nombre Turing me suena, pero no sólo por la película.



Las 9 VIDAS de

— ¿No tienes otro gato o un perro que se llame Turing?

— Ja, ja —dije con una mueca—. No es gracioso.

— Era sólo una pregunta —dijo Samuel.

Él volvió al computador y yo tiré mi espalda en la cama, con la mirada en el techo pero en realidad viendo nada.

— Turing, Turing —dije—. ¿Por qué me suena?

Pensaba en la película, pero sabía que había algo más. Me senté de nuevo.

— ¿Qué haces, Samu?

— Terminando un juego.

— Un juego...

En un flash mental vi la caja de un juego de mesa: un computador mecánico con fichas de plástico y canicas para resolver acertijos.

— Mi abuelo me regaló un juego de mesa hace unos años —dije.

— Ajá.

— No me acuerdo el nombre exactamente, pero eran dos palabras y una de ellas era Turing.

— ¿Cómo?

— Sí, sí, ya me acuerdo. Tenía un libro con un montón de acertijos o patrones que había que formar.

— ¿Y tiene un patrón 21? —dijo Samuel sonando emocionado.



Yo también me comencé a emocionar. El abuelo era bueno. Tenía que haber planeado todo esto hace muchos años para esconder las claves en sus regalos de navidad.

— Seguro que sí, tenía muchísimos patrones para hacer. Eran como ejercicios de programación. Por eso es que me empecé a interesar en los computadores y en escribir código.

— ¡Súper, súper! ¡Encontramos la clave!

Samuel y yo estábamos ya de pie casi saltando y bailando de felicidad.

— ¡Síii! ¡Somos los mejores! —dije.

— ¡Ujuuuu! —gritó Samuel.

La mamá se asomó por la puerta otra vez.

— Pasito, niños —dijo ella—. ¿Por qué tanto grito?

— Perdón, mami —dijo Samuel.

Cuando se fue nos torcimos de la risa hasta que nos quedamos sin aire. Tirados en la cama nos calmamos.

— ¿Y dónde está el juego ese? —dijo Samuel.

— No sé. Mi mamá lo debió haber guardado en algún lado. Ella no bota nada.

— ¿Y entonces qué hacemos?

— Tenemos que encontrar a mis papás.



28

SOFÍA

JOSÉ ME SENTÓ A SU LADO EN LA silla de adelante. Mis papás nunca me hubieran dejado sentarme ahí. Se sentía rico pero también me daba susto hacer algo que mis padres me prohibían.

Era de noche y las luces de la ciudad pintaban de colores el interior del carro que José conducía a toda velocidad. No había conocido a alguien tan valiente. Creo que ni el abuelo. Aunque no sé si José fue ninja alguna vez.

— ¿Cómo estás, Sofía?

— Bien.

El Waze le daba direcciones a José sin parar. Ignoré el GPS y me imaginé viendo de nuevo al abuelo después de haber pasado tantos sustos.

Llegamos a un barrio feo, como de talleres y fábricas donde no vivía nadie. Las calles estaban vacías, excepto por uno que otro indigente vagando por ahí.

El Waze nos llevó por un par de calles pequeñas lejos de la avenida principal hasta que llegamos a una calle sin salida.

José parquéó el carro a un lado de la calle y marcó un número en su celular.



— Ya estoy aquí, teniente —dijo José.

— Entendido —dijo la misma voz que escuché antes. Aunque tenía el teléfono al oído, podía escuchar claramente—. Decidimos entrar cuando no detectamos movimiento. Ya salgo por usted.

Unos segundos más tarde apareció un hombre por una puerta abierta al otro lado de la calle que nos hizo señas para que fuéramos.

— Es mejor que esperes aquí —dijo José—. Si es seguro, vengo por ti. No sé qué pueda pasar allá adentro.

— Bueno, está bien.

Un viento frío se coló por la puerta cuando José salió del carro. Cruzó la calle sin mirar atrás hasta que se encontró con el hombre en la entrada del edificio. Entraron y ya no los vi más.

No había luces en la calle y todo se sentía tenebroso, como arte gótico, así que cerré mis ojos y traté de imaginarme un parque soleado y lleno de colores, donde podía correr y... no, no funcionaba.

Me bajé del carro, pendiente de todo a mi alrededor y corrí hasta la bodega. Llegué por un lado por si de pronto había alguien en la puerta entonces no me vieran.

No escuchaba nada. Debía ser seguro.

Me asomé hacia dentro. Entre las sombras distinguí unas escaleras.



Las 9 VIDAS de

¿Subo o no subo? ¿Y si me devuelvo al carro?

Recordé todo lo que habíamos hecho ese fin de semana y la valentía que me inspiró el abuelo. Tenía que hacerlo por él, que me viera cuando lo rescatáramos. Me volví a sentir fuerte. Paso a paso subí las escaleras. Al final había una puerta y una luz amarilla muy débil, como la de esos bombillos pequeños que usan ahora en los restaurantes para decorar.

Crucé la puerta del segundo piso y me encontré en un lugar grandísimo y vacío, lleno de polvo y herramientas de construcción en una esquina. No había nadie.

Si fuera como Santi me estaría imaginando cosas raras, que estaba en una dimensión desconocida o algo así. Pero eso era tonto. José debía estar en alguna parte. Ya tendrían que haber encontrado al abuelo.

De repente vi algo que no había visto antes. En una esquina a la que no llegaba bien la luz del bombillo, había unas escaleras de madera muy angostas que llevaban a una plataforma también de madera que se extendía de una esquina a otra de la bodega, como un mezzanine.

Hacia allá me dirigí y estaba a punto de subir cuando escuché pasos sobre la madera y alguien que bajaba por las escaleras. Sostuve mi respiración por un momento, no sabiendo qué esperar.



— Sofía —escuché la voz de José en el negro de las escaleras—. Te tengo una sorpresa.

José bajó hasta donde yo estaba y luego habló hacia el mezzanine.

— Pueden bajar, es seguro. Ya los bandidos no están, espantados por los soldados.

Fijé mis ojos en la oscuridad, mi corazón latiendo a mil. Dos siluetas, una detrás de otra, empezaron a descender lentamente.

— ¡Mami! ¡Papi!



SANTIAGO

LA VIBRACIÓN DE MI CELULAR NOS SACÓ DE la discusión que teníamos sobre quién ganaría una pelea entre Optimus Prime y Spider-Man.

Yo decía que Optimus, pero Samuel insistía en que Spider-Man tenía la ventaja por ser más pequeño y ágil.

— ¿No vas a contestar? —dijo Samuel.

El teléfono se estaba cargando sobre la mesa de noche y nosotros estábamos sentados en el piso. No quería hacer el esfuerzo para hablar con las traidoras.

— Nooo —dije—. ¿Para qué? Más bien sigamos jugando. A ver, ¿quién gana una pelea entre Batman y una tortuga ninja?

El celu dejó de vibrar.

— ¿Cuál de todas las tortugas ninja?

Comenzó a vibrar de nuevo. Samuel se paró.

— Ignora el teléfono —dije—. Eeehh... Leonardo.

Samuel miró hacia arriba y a la izquierda, pensando.

— Creo que Batman —dijo Samuel.

El teléfono seguía vibrando enfurecido.



— Sí, yo también. Tu turno.

La vibración se detuvo y comenzó otra vez tres segundos después.

— Apágalo entonces si no vas a contestar — dijo Samuel caminando hacia la mesa de noche. Levantó el celu y miró la pantalla—. Sergio Cárdenas.

— ¿Mi papá?

Me puse de pie de un salto y le arrebaté el teléfono. Sí, era una llamada del celular de mi papi. ¿Sería él o sería el secuestrador?

El nombre de mi papi desapareció de la pantalla y lo reemplazó un aviso de tres llamadas perdidas.

¿Será que me vuelve a llamar? Esperé 5 segundos, nada. Devolví la llamada. Ocupado.

— ¡Aghh!

Vibró. Presioné el botón verde.

— Aló.

— Santi, Dios mío. ¿Dónde estás?

— ¿Papi?

— Sí, soy yo.

Me entraron unas ganas terribles de llorar de la felicidad pero vi a Samuel con cara de bobo frente a mí y me aguanté.

— ¿Dónde estás? —dijo mi papi.

— Eehh.. estoy... —no me salían las palabras como quería, mi mente estaba haciendo corto circuito—. Estoy donde... un amigo.



Las 9 VIDAS de

— Tu madre y yo estamos en la casa. Fue el peor día de nuestras vidas. No te imaginas.

— El día más largo y extraño para mí.

— Sí...

Papá se rió con risa de cansancio, casi sin fuerzas. Su voz sonaba carrasposa como si hubiera gritado mucho y se hubiera quedado sin voz. Trillones de pensamientos se dispararon en mi mente. ¿Cómo es posible que ya estuvieran libres y me estuviera llamando? ¿Qué de la nota de secuestro y del reloj del abuelo y los videos y el hombre malo en el hospital y el collar de Chester y la cárcel en Egipto? ¿Ya todo se había acabado? Tenía un montón de preguntas pero sólo me salió una.

— ¿Qué les pasó?

— ¿Por qué no vienes a casa y les contamos a todos juntos? Tu mamá se está bañando y ya pedimos algo de comer a domicilio. Tu abuela no tiene idea de cocinar, tenía unas tostadas duras como rocas cuando llegamos.

— Sí, cocina espantoso.

— Quizás por eso Alfredo la dejó, no sé.

— ¿Y el abuelo, papi? ¿Está con ustedes?

Hubo un silencio en la línea y pensé que la expectativa me iba a causar un infarto.

— No, Santi. No tenemos ni idea dónde está el abuelo.



30

SOFÍA

VI LLEGAR A SANTI DESDE EL BALCÓN. SE bajó del carro de la mamá de su amigo y corrió como loco hacia la casa. Yo hubiera hecho lo mismo.

Las últimas dos horas me la pasé pegada a mi mami, pero cuando supe que Santi venía me llené de susto y vergüenza y me vine al balcón con Chester. Pero sabía que tenía que dar la cara.

De pronto ni sabía que lo traicioné e iba a estar feliz de verme.

Ese pensamiento me animó y bajé a la sala donde estaban todos. José se estaba despidiendo.

— Bueno, ya está toda la familia junta y eso me alegra —dijo José—. Los dejo para que descansen.

— Muchas gracias, José —dijo papá, dándole un abrazo—. Fue un gusto conocerte. No sé qué hubiera pasado si no nos encuentras.

— Es con todo el gusto. El privilegio es mío.

— Sí, José —dijo mami—. Gracias, gracias, gracias.

Abuelita no paraba de sonreír, aunque se veía muy nerviosa, moviéndose de un lado a otro. De repente agarró algo de su bolso y salió a la calle.



Las 9 VIDAS de

— Hasta pronto, Santiago —le dijo José a mi hermano, quien lo miró como un bicho raro y no se dejó tocar cuando José intentó sobarle la cabeza.

Me paré a su lado, pero Santi no volteó a verme.

— Hola, Santi —dije.

No respondió. Entonces fui y me senté al lado de mi mami, que me abrazó fuerte contra su pecho.

Afuera escuché a José decirle algo a abuelita.

— Gracias, José, querido —dijo abuelita en voz muy alta—. Nos vemos mañana.

Santi se sentó con papá en uno de los sillones y al rato entró abuelita oliendo a cigarrillo. Cerró la puerta y se paró a tres pasos de la sala.

— Siéntate, mamá —le dijo mi mami y ella obedeció.

Papá nos miró a todos con una sonrisa grande.

— Qué feliz estoy de que estemos juntos —dijo—. En serio, siempre he dado por sentado que somos una familia, pero después del susto de hoy, en verdad los valoro más.

— Papi —dijo Santi—, esta mañana llegamos del parque y no estaban y había una nota en...

— Sí, fue algo horrible lo que pasó —dijo mami.

— Alguien tocó el timbre —dijo papá— y yo



abrí creyendo que eran ustedes, pero dos hombres encapuchados entraron a la fuerza, armados y todo. Me empujaron hasta la cocina y...

— Cuando yo los vi solté los platos que tenía en la mano.

— Y uno de ellos nos amenazó y nos tuvo arrodillados en el piso mientras el otro subió al segundo piso, no sé a qué. Yo me imaginé que venían a robar o algo, pues ya ayer se había entrado alguien y había golpeado a Alfredo.

— ¿Y ustedes no llamaron a la policía ayer para que cuidaran la casa? —dijo abuelita.

— Sí, mamá —dijo mami—. Ellos vinieron del CAI, tomaron la denuncia y se fueron. Tú sabes que si uno no es un político o alguien importante, no lo van a cuidar.

— Uy, no, qué susto —dijo abuelita—. ¿Entonces quién quita que no vayan a volver?

Nos quedamos pasmados pensando en eso. Nadie dijo nada hasta que Santi habló.

— ¿Y entonces qué pasó después, papi?

— Ah, sí. Nos tuvieron ahí un rato hasta que el tipo que había subido regresó y se quedó mirándonos, como pensando qué hacer. Yo ahí creí que nos iban a matar.

— No, mi vida, qué tal —dijo mami—. ¿Qué hubiera sido de los niños?

— Yo les dije que se llevaran lo que quisieran pero que no nos hicieran nada. Pero el tipo



Las 9 VIDAS de

ni siquiera nos habló. Le dijo algo al oído al que nos estaba cuidando y ese nos dijo que nos pudiéramos de pie y que camináramos.

— Afuera nos metieron en una camioneta con vidrios oscuros, bendito sea mi Dios, y nos cubrieron la cabeza. Fue horrible porque a su papá lo sentaron en un lado y a mí en otro, con el tipo armado en la mitad.

— Uy, terrible, mijita.

Yo no era capaz de decir nada. Me imaginé cada detalle de lo que contaban y me llené de angustia.

— ¿Y qué pasó después? —dijo Santi—. Tienen que terminar de contar su lado de la historia para que después escuchen el nuestro.

— La verdad es que estoy exhausta —dijo mami—. El estrés me drenó toda la energía. Yo me quiero ir a dormir ya.

— Sí, yo también —dijo papá—. Yo les termino de contar y si quieres nos cuentas mañana, Santi. Ya José y Margarita nos contaron lo que pasó con Alfredo en la clínica.

Mi hermano puso cara de aburrido y asintió. Papá continuó la historia.

— No supimos a dónde nos llevaron en ese momento, sólo que nos amarraron las manos y nos hicieron subir unas escaleras después de bajarnos de la camioneta.

— Estuvimos todo el día en un lugar oscuro,



sucio, con los ojos vendados —dijo mami—. Dios mío, yo creí que nos íbamos a morir o a quedar ahí para siempre. Uno escucha muchas noticias horribles de secuestros pero nunca piensa que le va a tocar a uno.

— Yo grité pidiendo ayuda varias veces —dijo papá—, pero el tipo que nos cuidaba venía y me amenazaba para que me callara.

— ¿Y cómo se escaparon? —dijo Santi.

— No nos escapamos —dijo papá—. José nos rescató. ¿No sabías eso?

— ¿José los rescató?

— Bueno, no él —dijo papá—. Unos amigos del ejército que él tiene. El teniente Jaramillo o algo así dijo él.

— Yo sólo sé —dijo mami— que en algún momento, ya después de muchas horas, escuchamos unos gritos y como unos disparos. Y creo que el tipo que nos estaba cuidando se fue a ver qué pasaba. O salió huyendo, no sé.

— Sí, nos quedamos solos un rato sin escuchar nada y yo calculo que como a los 20 o 30 minutos, llegaron dos hombres, llamando a Alfredo.

— Nos encontraron —dijo mami—. Uno de ellos era José. Nos preguntó quienes éramos y luego nos dijo que era un amigo tuyo, mamá. Que venía a rescatarnos. Y pues luego vimos a Sofi y aquí estamos.



Las 9 VIDAS de

— José nos trajo a casa —dijo papá—. En realidad fue un enviado de Dios.

Al fin me atreví a hablar.

— Casi me muero de la felicidad cuando los vi.

— Aww —dijo mami y me abrazó más fuerte.

— Supuestamente íbamos a rescatar al abuelo —dije— pero los encontramos a ustedes.

— ¿Y José cómo los encontró? —dijo Santi.

— Su amigo del ejército rastreó la ambulancia que se robaron en el hospital, mijito —dijo abuelita—. Por eso pensamos que iban era a encontrar a Alfredo.

— O sea que quien nos secuestró a nosotros —dijo papá—, también secuestró a Alfredo. Pero lo raro es que no estaba allá.

— ¿Y la ambulancia? —dijo Santi.

— Hum, la verdad no sé —dijo papá—. No la vimos al salir. ¿Cierto, amor?

Mami movió la cabeza diciendo que no.

— Mañana le preguntamos a José —dijo papá—. Seguro la devolvieron a la clínica.

— Yo estoy preocupada por mi papá —dijo mami.

— ¿Y ya saben qué es lo que querían? —dijo abuelita—. ¿Por qué los raptaron si ustedes no le deben nada a nadie? ¿O sí?

— No, nada —dijo papá—. Sólo a los bancos y ellos no secuestran.



Santi abrió la boca como para decir algo, pero después miró a abuelita y se arrepintió. No confiaba en ella y seguro no iba a decir nada mientras estuviera presente.

Santi me miró a mí y supe que me estaba tratando de hablar con sus ojos (él es raro de esa manera). Obvio no sabía todo lo que se estaba imaginando que me decía, pero algo sí era claro y es que no quería que contara lo que sabíamos.

En cualquier otra ocasión no me hubiera importado, pero ya lo había traicionado una vez y tenía que ganarme su confianza de nuevo. Por eso no dije nada.



SANTIAGO

AUNQUE DI VUELTAS EN LA CAMA CASI TODA LA noche sin poder dormir, ya estaba despierto a las 6 de la mañana, mirando el techo.

Habían varios misterios por resolver que mi mente no dejaba de analizar. Por ejemplo, el paradero del abuelo y el hombre que se lo llevó. Lo que había en el pantalón, era el reloj o era otra cosa. El engaño de la abuela con el celular de mi mamá.

Ese último me tenía loco. Las posibilidades eran que ella fuera cómplice del secuestro o que ella no sabía que tenía el teléfono en su bolso.

La primera opción sonaba descabellada pero un buen detective no descarta ninguna posibilidad.

Era muy sospechoso que toda la mañana hubiera recibido textos de mi mamá y que siempre sabía dónde estaba y que no me creyera cuando le dije lo del secuestro.

La otra posibilidad era que alguien hubiera puesto el celular en su bolso para incriminarla. ¿Pero quién y cómo si no lo soltaba?

Sólo Sofi, José y yo estuvimos cerca de ella



durante el día. Pudo ser José en uno de esos abrazos que se daban. Pero José terminó siendo el héroe de la película. Él fue quien rescató a mis papás y mi papi confía en él.

Lo único que se me ocurrió es que el ladrón de la clínica le metió el celu en el bolso en el ascensor o en algún momento se cruzó con ella y la chocó con el hombro como hacen en las pelis, para aprovechar y plantarlo.

En fin, pasé la noche en vela pero no pude decidir si la abuela era buena o mala.

Cerré mis ojos y los abrí de nuevo en un par de segundos. O eso creí yo.

Eran las 9:10am. ¡Había dormido tres horas! Perdí tiempo valioso de investigación.

La misión del día era encontrar el juego de Turing y descubrir la nueva clave.

Salí de mi cuarto y me asomé por el balcón que da al comedor. Todos estaban abajo, incluso mi hermana.

Todavía tenía rabia con ella, pero no tanto como ayer. Quizás algún día la perdonaría.

Mi nariz me alertó sobre el olor a comida y mis pies reaccionaron inmediatamente a la orden del estómago de buscar y devorarme esa comida.

Volé a la cocina a Mach 3 y abracé a mi papi por detrás que estaba sentado en el comedor.

— Buenos días, dormilón —dijo.

— Buenos días —respondí para todos.



Las 9 VIDAS de

Mamá andaba cocinando pero vino hacia mí y me dio un beso en la frente.

— Buenos días, mi nené. ¿Quieres huevos revueltos?

— Sí —dije, asintiendo exageradamente—. Con arepa, tostadas, chocolate caliente y jugo y todo lo que haya.

Mamá sonrió y me corrió una silla al lado de mi hermana para que me sentara. Sofi puso cara de perrito arrepentido cuando me vio y decidí perdonarla en ese instante. Un peso se me levantó de los hombros.

— Hola, Sofi —le dije con voz de amigo y ella supo de una que todo estaba bien entre nosotros.

La abuela andaba sustraída y ni me miró.

Ya todos estaban comiendo y al ver mi plato vacío sentí una profunda depresión. Bueno, sólo por un rato porque dos minutos después me sirvieron lo que pedí y más: un glorioso chorizo.

— Amor —le dijo mamá a mi papi—. Acuérdate de llamar a Virgin para reportar el teléfono robado. Hay que comprar otro. Qué pesar mi estuche de panda.

— La abuela lo tiene —dije sin pensar, como quien suelta una granada en una multitud.

La abuela soltó el tenedor y se puso pálida, sus ojos más grandes de lo normal.

— ¿Qué? —dijo papi, casi gritando.



— ¿Cómo así? —dijo mamá.

Sentí que ambos me clavaron la mirada inquisitivamente pero yo estaba pendiente de la reacción de la abuela.

— Ay, Yaz, hija... —dijo la abuela con voz temblorosa—. Es verdad. Yo lo tengo.

La cara de mi mamá se distorsionó como entre confundida y dudosa.

— ¿Pero cómo es posible? Si yo lo tenía en mi bolsillo cuando nos llevaron y luego me lo quitaron en la camioneta...

— A ver, Margarita —dijo papi—. ¿Estás segura? ¿No será que te confundiste y tienes es otro teléfono parecido?

La abuela miró a mi papi y trató de decir algo pero no le salían las palabras. Sentí que no podíamos dejar pasar la oportunidad y teníamos que resolver este caso pronto.

— Sí es el celular de mi mamá —dije—. Ayer yo te marqué y contestó la abuela. Yo vi cuando lo sacó del bolso.

— No, no puedo creer esto —dijo mamá con una mano en la cabeza y caminando de un lado a otro de la cocina—. Mamá, danos una explicación.

— Yo quiero ver el celular —dijo papi.

— Ay... Por favor... no sé... —dijo la abuela con voz entrecortada—. Dios mío, no puedo respirar.



Las 9 VIDAS de

Sus pupilas se movieron hacia arriba y con un suspiro se desplomó de la silla al piso.

— ¡Abuelita! —dijo Sofi.

Mis papás corrieron al lado de la abuela y yo aproveché para meterme unos bocados de comida a la boca. Qué hambre la que tenía.

— ¡Mamá, mamá!

— Se desmayó —dijo papi—. Vamos a ponerla en una cama.

Mi papi levantó a la abuela y la cargó hasta el cuarto de ellos. Sofi y mamá lo siguieron, pero yo me quedé saboreando el chorizo.

Tragué rápido porque sabía que esto se iba a poner caliente y que me iban a bombardear con preguntas. Papi salió del cuarto después de un rato, visiblemente alterado.

— Seguro va a estar bien —le dijo a mi mamá que se quedó en el cuarto—. Eso es que se le bajó la presión pero ya le va a subir otra vez. Ahora quiero ver ese bendito celular.

Papi subió las escaleras al segundo piso y volvió con el teléfono de mamá.

— Mira, Yaz, aquí está —dijo, parado en el marco de la puerta de su habitación.

— ¿Dónde estaba? —preguntó mamá, tomando el celular.

— En el bolso.

Uno a uno vinieron a la mesa y se sentaron a mi alrededor.



— Cuéntame lo que pasó ayer con ustedes —me dijo papi.

Yo le hice señas de que esperara que tenía la boca llena y luego me tomé un sorbo de jugo para pasar la tostada.

— ¿Desde el principio? —dije.

— Sí, desde el principio.

Les conté sobre la nota que el viento se llevó y el cuchillo en la puerta, sobre la abuela que no me creía ni me quería escuchar y de los mensajes de texto que supuestamente recibía de mamá.

— Eso es muy sospechoso —dijo papi.

Mami abrió su teléfono y miró su WhatsApp.

— Sí, aquí están —dijo mamá—. Pero nunca los mandé yo. Qué raro.

— Pues más le vale a tu mamá tener una buena explicación para todo esto o tendremos que involucrar a la policía.

En ese momento escuchamos unos gemidos en el cuarto y la abuela que llamaba a mi mamá.



SOFÍA

— YAZ.... HIJA...

Mami se levantó de la mesa y fue al pie de la cama donde estaba abuelita. Papá se puso de pie, apoyó sus manos sobre la mesa, y nos habló a mi hermano y a mí.

— Ustedes vayan a jugar o lo que quieran hacer que yo voy a averiguar bien qué es lo que está pasando. Parecía un lobo feroz cuando entró a su cuarto y cerró la puerta.

— Uy, ¿qué crees que va a pasar, Santi?

— Vamos a escuchar...

— Quizás no deberíamos... bueno, tal vez sí.

Santi me hizo señas que nos acercáramos a la habitación y se paró de su silla. Yo me quedé sentada y lo vi casi pegar su oreja a la puerta. Desde donde yo estaba no escuchaba nada que se pudiera entender.

— ¡Vení, vení! —dijo Santi en voz baja como si me estuviera perdiendo algo buenísimo.

Me hice a su lado y escuché.

— No, amor, ¿cómo crees que mi mamá va a estar involucrada en secuestrarnos? —dijo mami.

— Pues entonces que explique cómo es que



tenía el celular en su bolso, que me parece my raro.

— Sergio, yo no sé —dijo abuelita—. Se lo juro. No me lo he podido explicar. Ese teléfono apareció ahí solo.

— ¿Solo? —dijo papá con voz de enojado—. Eso no se lo cree nadie. Dígame cómo llega un celular que se lo quitaron a Yaz antes de que usted llegara de Bogotá, a su bolso.

— No sé, no sé, no sé...

— Mamá, piensa bien —dijo mami—. ¿No te parece muy raro? Aquí hay una conversación de WhatsApp supuestamente entre tú y yo. ¿Tú escribiste ambos lados de la conversación?

— ¿Cómo se le ocurre, hija? Yo sería incapaz... la verdad es que no he hecho sino sufrir desde que encontré su celular en mi bolso.

— ¿Y por qué no había dicho nada? —dijo papá—. ¿Por qué tuvo que ser Santiago el que nos contara? ¿Usted sabía que Santiago sabía?

Hubo un silencio y Santi y yo nos miramos con los ojos bien abiertos.

— Ay juelita —dijo Santi.

Luego escuché como los resortes de la cama y cosas moviéndose.

— Yo no tengo por qué soportar esta humillación —dijo abuelita—. Deberían apoyarme en lugar de acusarme.

— Tranquila, mamá, no te alteres, sólo estamos conversando.



Las 9 VIDAS de

— ¡No! —abuelita alzó la voz—. Esto no es una conversación. Ustedes me están acusando de algo que no hice y no me creen cuando les digo que no sé qué es lo que pasó. Me voy.

— Un momento, Margarita, por favor —dijo papi, más calmado—. Yo sé que estamos alterados, pero entiéndanos por todo lo que pasamos ayer. Fue traumático.

— ¡Pues le deberían echar la culpa a Alfredo y no a mí! —gritó abuelita—. Ese hombre siempre ha tenido enemigos en todas partes. Hágame el favor y me deja salir, Sergio. ¡Córrase!

Santi y yo alcanzamos a dar sólo dos pasos hacia atrás cuando abuelita abrió la puerta y salió marchando como gorila. Nos miró con ira y se marchó hacia el segundo piso. Mami salió tras de ella.

— ¡Mamá, no te pongas así!

Papá se paró a nuestro lado, rascándose la cabeza.

— ¿Qué hago? —dijo papá como para sí mismo—. ¿Subo o las dejo solas?

Luego nos miró.

— Las dejo solas, ¿cierto?

Nosotros asentimos que sí.

— Qué complique esta vaina, ¿no? —dijo papá—. Vengan y me cuentan qué más pasó a ver si entiendo este enredo.

Nos sentamos a la mesa y Santi se metió a



la boca unos sobrados de huevo que había en el plato de alguien más.

— Santi, cuéntale a papá del libro del abuelo y del video.

Santi hizo una seña de que tenía que tragar primero y lo esperamos con paciencia.

— Sí, sí —dijo Santi escupiendo huevo—. El abuelo tenía un diario para mamá y una USB para nosotros.

— ¿Quienes nosotros? —preguntó papá.

— Para Sofi y para mí.

— Ah, okay. ¿Y para qué?

— Pues...

Los pasos de abuelita y mami en las escaleras interrumpieron a Santi.

— No hagas esto mamá —dijo mami.

Abuelita apareció en el corredor con su maleta, todavía caminando como gorila.

— Ya dije que me iba y no voy a cambiar de opinión.

— Al menos espera y te llevamos a alguna parte. Ni siquiera tienes vuelo listo.

Abuelita abrió la puerta de la casa y se volteó.

— No hay necesidad de que se molesten. Cualquier taxi me lleva al aeropuerto.

Y se marchó.



SANTIAGO

MAMÁ SE PUSO A RECOGER LOS PLATOS. TENÍA lágrimas en los ojos y no quería hablar con nadie. Papi trató de hablarle pero ella lo mandó por un volado.

— Déjame tranquila, Sergio. Ahora no — fue lo que le dijo y mi papi se retiró sabiamente.

Lo vimos ir por su celular y llamar a la oficina.

Sofi me dejó en el corredor y fue a abrazar a mamá.

— Mi papá desaparecido y mi mamá enojada conmigo....

— Todo va a estar bien, mami. No llores más.

En ese momento tuve una idea brillante. Fui a mi habitación por el diario del abuelo y se lo traje a mamá.

— ¿Qué es esto? —dijo cuando se lo ofrecí.

— Lee la carta primero —dije.

Se sentó con el diario y la carta y comenzó a leer. Las lágrimas se multiplicaron, pero su rostro tenía un aire de felicidad. Satisfechos, Sofi y yo nos fuimos para la sala.

— ¡Ya sé! —dije—. Tráete al papi para acá. Ya vengo, voy a traer el portátil y la USB.



Subí y bajé de nuevo pero no había nadie en la sala, así que me puse a conectar el portátil al televisor. Un rato después llegaron ellos.

— ¿Qué me van a mostrar?

— Un video que nos dejó el abuelo —dije.

— Siéntate —dijo Sofía.

Se sentaron juntos y yo conecté la USB e hice todo el proceso de reconocimiento de voz y la conexión al servidor.

— Esto se va a poner interesante —dije.

El video comenzó y apareció el abuelo en su uniforme militar. Papi se inclinó hacia adelante.

— ¿Ese es Alfredo?

— Sí —dijo Sofi.

El timbre sonó dos veces.

— Páusalo, Santi —dijo papi y se paró del sofá.

Yo inmediatamente bloqueé la pantalla, un poco nervioso.

Sofi le ganó a mi papi en abrir la puerta.

— Hola, ¿cómo están? —dijo José—. ¿Interrumpo algo?

— No, no, tranquilo, José —dijo papi—. Entra por favor.

— No quiero molestar...

— Fresco, hombre. Estamos en deuda contigo. Sigue.

— Gracias —dijo José y entró—. Hola, Sofía. Hola Santiago. ¿Cómo están?



Las 9 VIDAS de

— Bien —dijo Sofi.

— Sí, bien —dije yo.

— Siéntate, por favor —dijo papi.

Yo miré de nuevo la pantalla asegurándome que estuviera bloqueada.

— Bueno, ayer quedé de ver a Margarita —dijo José desde la silla cómoda de la sala.

— Margarita, sí —dijo papi—. Bueno, ella no está.

— ¿Y regresa pronto?

— No creo.

José puso cara de díganme qué me perdí por favor y mi papi le contó muy resumidamente lo que pasó, obviando su mal genio por supuesto.

— ¿Qué piensas de todo esto? —dijo papi cuando terminó la historia.

José se acomodó en su silla y apretó sus labios.

— No sé, me quedo sin palabras... Margarita es una buena mujer. No lo conozco desde hace mucho tiempo. Sólo comenzamos a salir hace dos semanas en Bogotá y bueno, yo estaba en reuniones de negocios aquí en Medellín y ella me llamó ayer para que la llevara a la clínica con los niños. Hasta donde puedo decir, siempre fue muy querida conmigo, aunque no contaba mucho de su vida personal. Es una persona reservada.

— Ajá —dijo papi.

— Y en cuanto a lo del teléfono es muy sos-



pechoso, sí. Yo me ausenté como una hora o más del hospital por mi reunión con un cliente y creo que los niños también la dejaron sola, ¿cierto? Yo los vi saliendo de Starbucks.

— Sí —dijo Sofi.

— Entonces quizás algo pasó en ese tiempo, no sé. No digo que sea culpable de algo. Pero uno nunca sabe con seguridad... ¿qué piensas tú, Santiago?

— Eeh, este yo... bueno, pienso muchas cosas. De hecho estuve pensando toda la noche. De pronto alguien le metió el celular en el bolso. El tipo que se llevó al abuelo de pronto.

— Sí —dijo Sofi—. Yo lo vi en la habitación del abuelo cuando llegamos a la clínica.

— ¿Cómo? —dijo papi sorprendido.

— Es cierto —dijo José—. Sofi me contó eso ayer y pues ese hombre es el principal sospechoso.

— Hum... —papi se sobó la barba.

— Sofi también me contó de unos videos que les dejó el abuelo —dijo José—. Y quizás allí encontremos pistas que nos ayuden a rescatarlo. Quién sabe, así como los encontramos a ustedes.

— Ah, ¿tú sabes del video de Alfredo? —dijo papi—. Precisamente Santi me estaba mostrando el video. Es algo muy inesperado. Santi, ponlo porfa, para que José lo vea.

Un frío helado me bajó por la espalda. El abuelo había dicho que la información del video



Las 9 VIDAS de

era para nosotros solamente. Nadie más tenía que saber del tesoro familiar, del reloj que era nuestra herencia. Me quedé quieto sin hacer nada.

— Santiago, por favor, ya te dije.

Yo negué con mi cabeza. Papi me miró con cara de ay la pela que le voy a dar por desobediente.

— A ver pues...

Desbloquéé el computador y pensé cómo fingir que el video no funcionaba para ganar tiempo. Pero no tuve que hacer nada, porque el video no estaba. La aplicación parecía estar cargando de nuevo, como si se hubiera reiniciado sola.

Luego apareció una pantalla diferente. No tenía el fondo azul como el video de siempre sino blanco. Entonces el abuelo apareció con la cabeza vendada, acostado en una cama.

“Hola, niños. Hola, Sergio. Siento tener que hackear tu computador, Santi, para esta llamada en vivo, pero me he enterado que no están solos en familia, sino que están con un viejo amigo que conocí en Egipto. Shalom, Youssef.”

José se puso de pie como un resorte.

— ¡No puede ser! —dijo.

Un ruido fuerte nos hizo saltar a todos. La puerta de la casa se abrió de un golpe, rompiéndose en pedazos y un hombre entró apuntando un arma hacia nosotros. Lo reconocí de inmediato. Era el hombre que vi en las cámaras de



seguridad de la clínica. El hombre que tenía al abuelo.

Sofi gritó. Creí que por haber visto al ladrón, pero era algo peor. José la había agarrado por el cuello y tenía una pistola pegada a su cráneo.

LA HISTORIA CONTINÚA EN:



AUTORES

DIEGO PINEDA ES UN APASIONADO POR CONTAR HISTORIAS y enseñar a otros a escribir maravillas. Ha publicado cinco novelas, 9 libros de no-ficción y cientos de artículos y blogs. Además, es un fanático del cine épico y de aventuras, la comida mexicana y el helado de chocolate.

Diego nació y creció en Medellín, Colombia, donde se desarrolla la historia de este libro. Ahora vive en la Columbia Británica, Canadá, con su esposa Diana y su hijo Daniel, quienes son los coautores de esta serie.

DIANA PINEDA ES LA FUNDADORA Y DIRECTORA DE Rhema e-School, un colegio de educación alternativa online para niños que desean desarrollar sus talentos y ser felices aprendiendo. Puedes aprender más en www.rhemaschool.com. Cuando no está transformando la educación, puedes encontrar a Diana en el gimnasio, disfrutando de la naturaleza, o leyendo literatura juvenil.

DANIEL PINEDA ES UN LECTOR VORAZ CON UNA imaginación épica, obsesionado con el manga, el anime y los videojuegos. Le encanta escuchar música, bailar y comer de todo (literalmente).

Además de escribir esta historia como equipo, los Pineda son famosos por ver juntos todas las series y pelis de los mundos de Marvel y Star Wars.